

ALBIS OFF

#00

EN EXCLUSIVA
PARA LA REVISTA!!

SKY
GIRL

Y

JAVIERS

Y NO TE PIERDAS
LAS SERIES:



Guest stars:

Alexis Brito Delgado
Magnus Dagón

Gabriel Romero de Ávila
Isabel Ali

Iconolasta

Luis Roberto Makianich
Myriam Mahiques

Francisco Javier Masegosa
Tony Jiménez

Arturo Ruiz

Pedro Arturo Estrada

Jorge Zarco

Juan José Teña

+ ESPECIAL

Rodolfo Franco:

27 poemas inéditos y

5 pornogramas

Arte:

Victoria Pittman

Javier Pauner

Oscar Torres

Pedro Belushi

Juan Alarcón

Rodolfo Valenzuela

¿CRISIS?

DESDE LUEGO QUE
NO CREATIVA....!

EDICTO . RIAL

Albis Off...¿qué es Albis Off?... es más, ¿hace falta algo como Albis Off?

Es una revista electrónica de descarga gratuita cuyo objetivo es mantener una publicación estable y regular, que tenga su hueco y propia personalidad en la red, así como otros posibles objetivos editoriales que surjan con el tiempo, pues creemos que tal vez pueda existir un cierto vacío en cuanto al tema de publicación. Cuando hemos hablado directamente con autores, estos se han quejado de la falta de medios para dar a conocer sus obras, y siempre nos han agradecido que existan este tipo de iniciativas. Es un sentimiento recíproco, porque como responsables de estos proyectos, estamos a su vez enormemente agradecidos a los autores que nos confían sus obras para ser publicadas.

Realmente, echando un vistazo por Internet, podemos ver que hay un buen número de publicaciones electrónicas gratuitas. Pero algunas están muy enfocadas a ciertos géneros, más o menos específicos (ciencia ficción, fantasía, terror, zombies, literatura juvenil, etc), y/o a ciertos estilos (poesía, prosa, cómic, etc), o son de simple información respecto a alguna de las áreas que acabamos de mencionar u otras que podáis imaginar. Otras son directamente formato blog, y a veces puede hacerse complicado seguir las actualizaciones de los mismos, dado que en realidad, una revista necesita de su periodicidad, diferente a las actualizaciones de blogs, redes sociales, etc.

Con este ánimo, el de aunar los diferentes géneros y estilos, nace Albis Off, una revista de literatura general, en la que tiene su cabida la prosa, el verso, el cómic, las ilustraciones, y los seriales. Al mismo tiempo, en el blog de mismo nombre, tendrá cabida otro material que, por diversas circunstancias, con el conocimiento y consentimiento de los autores, se ha optado por publicar ahí en vez de en la revista.

Queremos, con la ayuda de los autores, tanto escritores como artistas gráficos, que tanto blog como revista sirvan de plataforma para presentar su obra al público y, por eso, estamos abiertos a la recepción de material para su publicación.

Y eso es, en esencia, Albis Off; ahora os toca a vosotros, con este número 0 en vuestras digitales manos, decidir si ha valido la pena, y si hacía falta algo como esto en la red.

El Equipo de redacción de Albis Off

Contacto: albisoff@yahoo.es

Directores: Carlos Daminsky y Javier Arnau

Director gráfico: Rodolfo Valenzuela

Coordinador y Relaciones Públicas: Javier Arnau

Antologías: antologiasalbis@yahoo.es

Antologías: Alexis Brito Delgado

Portada a cargo de Rodolfo Valenzuela "Komixmaster"

Albis Off es una revista de descarga gratuita, que se puede copiar y difundir sin ánimo de lucro ni intereses comerciales, respetando los créditos. Quedan prohibidas las obras derivadas, y cualquier extracto o cita hará mención al autor.



<http://albisofter.wordpress.com/>

albisofter@yahoo.es

INDEX

- 2/Edicto. Rial
- 5/Electrografía por Pedro Belushi
- 6/Mundo Gris de Iconoclasta
- 11/Lenis Vs Marx: El punto decisivo por Óscar Torres
- 12/Death an Industry por Victoria Pittman
- 13/Sky Girl: portada por Juan Alarcón
- 14/Sky Girl: En el Aire
- 26/Esporas por Óscar Torres
- 27/La Rosa Cautiva por Luis Roberto Makianich
- 28/Oda a Dios por Pedro Arturo Ruiz
- 32/Fragmentos por Myriam Mahiques
- 33/Tres Mini Cuentos por Pedro Arturo Estrada
- 34/Sid Vs Joe por Óscar Torres
- 35/Metamorfosis por Isabel Ali
- 36/Bixen Nordias por Javier Pauner
- 40/Rosas sobre Cemento por Jorge Zarco
- 41/Prometeo por Juan José Tena
- 42/Portada The Jammers por Rodolfo Valenzuela
- 43/The Jammers #1: Nowhere Girl por Magnus Dagón
- 54/Two Hearts por Victoria Pittman
- 55/Nostalgia por Alexis Brito Delgado
- 58/Las Crónicas del Guardián por Francisco Javier Masegosa
- 62/Rockabilly Zombie por Victoria Pittman
- 63/El Monstruo del Lago Negro por Tony Jiménez
- 68/Ico por Óscar Torre
- 70/Final Round por Javier Pauner
- 72/Epi. logo
- 73/Contra-portada por Rodolfo Valenzuela



Electrografía por Pedro Belushi

Mundo Gris

Por ICONOCLASTA

Ni siquiera hay muerte en este paraje. Se respira asepsia, como si no hubiera existido vida jamás.

En medio de este desierto de dunas de ruinas y escombros, en el páramo urbano y desolado se eleva una estructura de hormigón gris, vieja como la propia eternidad. Sólo son columnas y suelo, rampas sin escalones, no hay paredes. En cada planta el suelo forjado se extiende hasta difuminarse con los pilares, el cielo y la nada.

Quise hacer un cubo perfecto, que jamás pudiera confundirse con algo natural por mucho que el planeta lo cubriera con su mierda. Que jamás nadie pudiera pensar que pretendiera hacer arte.

Es lo más feo del universo.

El vanidoso reflejo de mí en el universo.

Las retorcidas varillas de acero que nacen de las columnas, son raíces intentado clavarse y enterrarse en el gris que lo domina todo. Son peligrosas a pesar de su inmovilidad.

La silueta de la construcción muerta se recorta sin apenas relieve y se integra contra un cielo de plomo triste y plano. Sólo hay vacío y más gris.

Es tan sórdido...

Es del mismo tono que mi alma, me siento así. Soy así. De otra forma no puedo entender que me sienta familiarizado con esto. Es como volver a casa, pero sin ningún tipo de alegría, con resignación. Más de lo mismo.

Siento el peso de mi obra. Los cadáveres callan allá aplastados. Si no callan, su voz no llega. Lo importante es no oír.

Me sobrecoge el ánimo y siento la ausencia de color como una tragedia que se forma y crece constantemente, es un tumor imparable.

Y sin embargo, avanzo directo a esa ruina funesta por un camino de polvo de cemento donde dejo unas profundas huellas. Es terrorífica la quietud, la ausencia de movimiento de aire que ni el polvo mueve y queda suspendido durante una eternidad a escasos centímetros de mi pisada.

No hay ruido alguno. Apenas oigo mis pasos.

Apenas recuerdo qué hago aquí, porque estoy aquí.

La memoria es caprichosa. La memoria es cobarde de sí misma.

Enciendo un cigarrillo y el humo se queda ante mí, quieto; no se aparta de mi camino ni cuando rompo la nube al atravesarla. Ni siquiera el vacío que dejo en mi caminar agita las volutas.

La muerte es ingrávida. La vida pesada. La risa un sarcasmo. El llanto una cuchilla. Mi sangre veneno. Es mi oración, es mi único rezo y las únicas palabras que pronuncio con mis labios desde

que lo aniquilé todo.

Un día me convertí en Dios y provoqué el Juicio Final.

YO, un humilde químico, soy Dios.

Me rezo a mí mismo porque existo.

Aún.

Me duelen los párpados y bendigo la no luz.

Lo neutro relaja mis ojos dañados de tantos años de luminosidad y color.

Aunque no recuerdo la luz, está lejana como mi sonrisa.

Alcanzo la rampa de acceso al edificio, no sé cuando, no sé como. Sólo sé que tras de mí hay un rastro de polvo suspendido que mis pasos silenciosos ha alzado y que ningún aire barre.

Tal vez el aire fuera el aliento de la humanidad. Su apestoso aliento.

Si no hay humanidad el aire se pudre estancado.

Prefiero el aire estancado que el viento que traía sus voces y olores.

Es todo tan neutro que cuando intento esbozar una sonrisa patética, mis labios se agrietan. Tampoco se puede llorar, porque los ojos están demasiado secos. El cemento taponan los lacrimales y siento que todo se va hacia dentro, no puedo desahogar la presión de mi miseria.

De mi ruina mental.

Las lágrimas que no se vierten fermentan rápidamente.

Mi semen también se hace yogur en mis testículos, no me he vaciado en milenios.

Los retorcidos dedos de acero que surgen caprichosa y maliciosamente como arbustos entre el forjado de la construcción muerta, parecen agitarse ante mi proximidad. Algo cruje en el interior desnudo de la monstruosidad de hormigón. Y siento mis venas palpar con el seco ritmo de mi corazón: un martillo que golpea sin inercia, con un golpe definitivo que distancia demasiado el siguiente movimiento.

Jadeo cansado.

Llego a la rampa de la planta baja, el cemento se extiende uniforme en toda la extensión del forjado, y no hay potente luz para que los pilares creen sombras que hagan algo verosímil toda esta tristeza, esta hostilidad que me infecta el alma.

Mis dedos se encogen dentro de los zapatos al pisar el rugoso piso porque temen contagiarse de gris. Hacerse piedra.

No puedo seguir adelante no quiero avanzar por la tundra de columnas grises. Giro a la derecha para subir la próxima rampa. En el rellano hay un charco de sangre líquida, reciente. De mis dedos gotea sangre. Y algo pasa con la gravedad, porque se deslizan las gotas en suave caída por el aire, formando esferas perfectas. Caen sin aplastarse, perdiendo su forma sin prisa, sin salpicar.

El silencio se come hasta mi aliento, y cuando gimo con angustia, no hay sonido. Este lugar me lo arrebató todo. No deja de ser un alivio, porque todo es pena.

Sé que hay algo parecido a la vida, porque el olor de los excrementos de rata es inconfundible, como espeluznante el cosquilleo de centenares de pulgas que metiéndose en mis pantalones, se enredan

en el vello de mis piernas.

Podría vomitar, pero no quiero verter más miseria, podría convertirme en ella.

La muerte es ingrátida. La vida pesada. La risa un sarcasmo. El llanto una cuchilla. Mi sangre veneno.

El charco de sangre ahora se extiende y rellena grietas como arterias y el hormigón parece respirar. Las pulgas abandonan mis piernas y siento melancolía, porque ahora me encuentro mucho más solo. Se bañan en la sangre, se ahogan en ella.

Me parece impúdico. Una obscenidad.

Una rata avanza desde el profundo gris, arrastrando veloz y dolorosamente sus cuartos traseros convertidos en una masa de cemento, se aproxima hacia mí. De su boca emerge una pequeña varilla de encofrado que no le permite cerrarla. Sus ojos cuelgan de las cuencas, le dan un aspecto diabólico. Sus patitas son manos pequeñas, manos humanas de uñas ensangrentadas.

Tiene sed, tiene hambre. Subo por la rampa sin dejar de mirar porque siento asco y miedo. Si hubiera sonido, el animal chillaría, lo sé por la forma en que su garganta se inflama. Las pulgas la abandonan, como a mí, y se sumergen en el lago de mi sangre para ahogarse felices. La rata quiere beber la sopa de pulgas, pero el acero que destroza su boca, no le deja. Cuando la sangre como una marea perezosa baña sus patas, sus manitas se disuelven y sus ojos me miran con pena y dolor.

—Es triste deshacerse aquí — dice directamente en mi cerebro.

Continúo avanzando y resbalando por la rampa hacia arriba, penosa y temerosamente. Tengo un miedo cancerígeno. Otra vez la misma extensión en el siguiente piso, nada varía en el horizonte salvo algún jirón de una nube gris que por alguna caprichosa depravación de un ser ignominioso, se mueve como una amenaza de muerte.

Nunca debí dejar por acabar mi obra, pienso con convicción. Las paredes pueden tapar lo horrendo.

En el segundo rellano, hay sangre que no es mía. Amo la sangre porque rompe el gris, amo la muerte porque romperá la uniformidad de lo letal. El rojo sobre gris es una buena combinación. Aunque cualquier combinación es buena si rompe la plomiza locura.

La sangre mana por la base un pilar, y alguna gota cae desde los muñones negros de acero que sobresalen como sarmientos agostados de su unión con el techo. No son buenos acabados, las venas jamás deberían salir del cuerpo. Los sexos deberían estar siempre húmedos y dispuestos para la cópula, la sangre dentro. Y los cadáveres no tendrían que ser base de cimientos.

He pisado algo que ha cortado la suela del zapato y mi pie. Ahora mi sangre mana dulcemente, la piel resbala en el calcetín y una incómoda sensación de infección se apodera de mí.

Todos estaban muertos cuando llegué aquí, todos los huesos y todos los tejidos humanos calcinados, podridos y macerados, se encontraban en el cráter donde estalló aquello. Me propuse eliminar todo rastro de vida, y desde un lugar seguro a centenares de metros bajo la superficie, hice estallar el fin del mundo.

Y me quedé solo, era mi sueño.

Construí la estructura sobre sus cuerpos, quise sentar las bases de mi vida sobre sus muertes.

Empezar de nuevo encima de sus huesos. Yo sobreviví, porque no estaba entre ellos. Siempre he estado solo.

Y muero solo.

Y loco. La soledad y el veneno del aire han podrido mi pensamiento de la misma forma que han pervertido la poca vida que ha quedado.

No tengo miedo, no me arrepiento.

Se ha desprendido mi brazo que cae silencioso, el aire quema el muñón ensangrentado y no me deja morir más tiempo. El aire cauteriza con su veneno. Algo bueno tenía que tener, algo lógico. Algo útil.

El cielo continúa emponzoñado de gris muerte. Lo envenenaron.

Yo solo lo hice, la humanidad fue el detonante, todos somos culpables de algo, los muertos y el vivo: yo. Y derramé el vapor de un nuevo mundo vacío.

Aún es corrosiva la ponzoña gris que cubre el mundo. Aún da vida a lo muerto, aún exige dolor y locura.

Aún amalgama cuerpos y objetos, animales y hombres, ruina y miseria.

Es mejor de lo que me pensé, más terrorífico.

Mi vida ha ganado en emoción.

En el forjado de la planta se forma una red de finas tuberías que sobresalen como caminos de gusanos y me duele la sangre de ser conducida por esos conductos duros.

El veneno diluye mi memoria y a menudo tengo la impresión de vivir un sueño deprimente. Y no sé donde estoy, hasta que el peso de los muertos golpea y da razón a mi conciencia.

La muerte es ingrátida. La vida pesada. La risa un sarcasmo. El llanto una cuchilla. Mi sangre veneno.

Un hombre-paloma se dirige a mí, batiendo sus alas-brazos, sus dientes están rotos por el pico que nace desde dentro de su boca rompiendo el paladar y su buche gris irisado, se abre dejando escapar sangre. Cuando se acerca gigantesco ante mí, extendiendo sus alas forradas de cucarachas, parece no verme y picotea con glotonería la sangre y mi brazo tirado en el suelo.

Le duele, cada picotazo es un diente que se mueve y desgarrar las encías. A mí me da asco. Y quiero que muera. De algún sitio ha salido un pico oxidado, que al coger su mango astillado, se integra en mi piel doliendo. Le golpeo la cabeza que se abre sin ruido y algunas cucarachas saltan de su cuerpo muerto para prenderse en mi muñón buscando vida.

El hombre-paloma lanza un graznido silencioso y una pluma deshilachada queda flotando en el aire.

No podía seguir construyendo, por los cimientos subía mutada muerte alimentado la estructura. No podía seguir porque el miedo me paralizaba. Mi obra me ha sobrepasado.

No hay dios que me castigue y no quiero ser esto, no quiero...

Destruí el mundo por no ser ellos, como ellos.

Tal vez ayer, o tal vez hace cien años, desperté sintiéndome loco, sintiéndome enfermo. No

conseguí acabar el Palacio sobre los Muertos como era mi sueño.

Abandoné la obra porque el pánico me ablandaba los huesos.

Tercer piso. Yo no tallé esa vagina en el pilar. Y tanto da, porque siento pulsar mi miembro haciéndose duro de una forma dolorosa. Las omnipresentes varillas de hormigón, rasgan mis pantalones y desnudan mi pene amoratado. Es una obra impresionista de vivos colores en medio de esta soledad neutra.

La muerte es ingrávida. La vida pesada. La risa un sarcasmo. El llanto una cuchilla. Mi sangre veneno.

El otro brazo se ha desprendido de mí, ahora sólo tengo dos piernas, una cabeza y un pene.

La vagina se hace carne, se hace elástica sin perder el gris y de sus labios mayores rezuma una sustancia lechosa que incrementa mi deseo.

La penetro en un tullido vaivén de pelvis. Dentro es dura, dentro son filos que hieren. Su útero corta y rasga. Y de la unión de los sexos, sangre rosa mana. Leche y sangre, sangre y humor sexual. Y entre todo ello, mi locura que parece desvanecerse y hacerse cruda realidad con la eyacuación de un semen abundante y viejo. Con la dolorosa destrucción de mi glande.

La vagina crece, y quiere más de mí. Me succiona partiendo en dos mi espinazo.

Y un escalofrío recorre toda mi piel, porque no muero, con la médula espinal partida, sufro sin el desahogo del grito cada dolor y cada miedo en mi carne.

Me duele cada hueso al crujir y me incordia el llanto de los millones de muertos que sube desde los cimientos de mi obra. Y soy cosa y soy sangre y soy piel y soy alienación.

No quiero ir con ellos, quiero morir.

La muerte es ingrávida. La vida pesada. La risa un sarcasmo. El llanto una cuchilla. Mi sangre veneno.

Soy una pesadilla de una pesadilla parida por el coño de mi obra.

Una puta vida.

No me arrepiento de nada, sólo duele.

Encontraré la forma de matar a los muertos desde dentro de este Mundo Gris del que soy Dios y Sacrificio. El miedo no libera de odio.

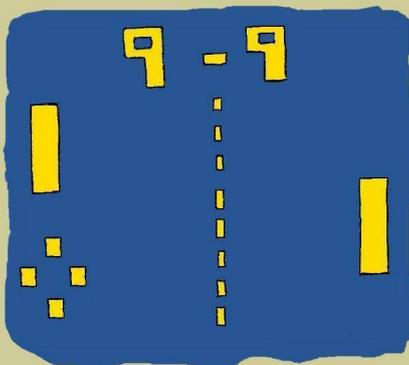
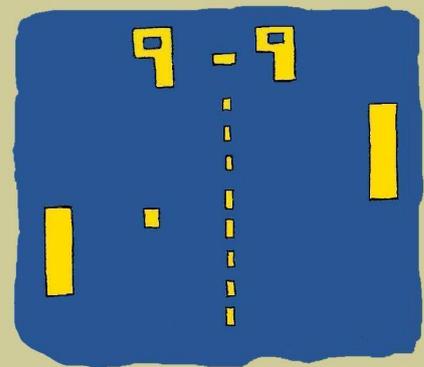
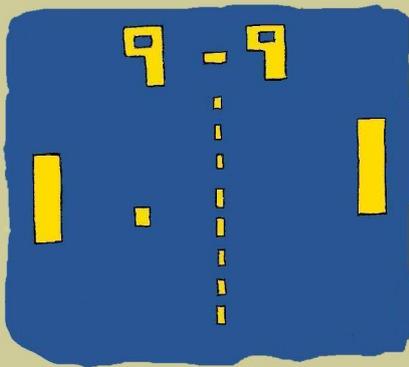
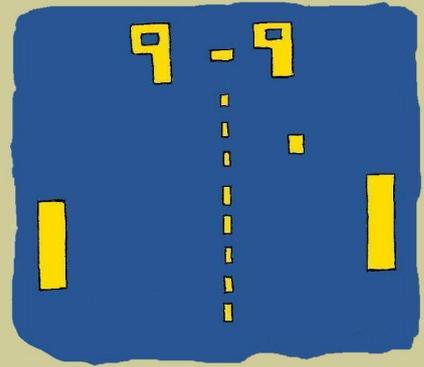
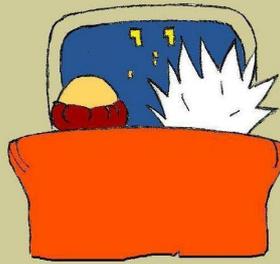
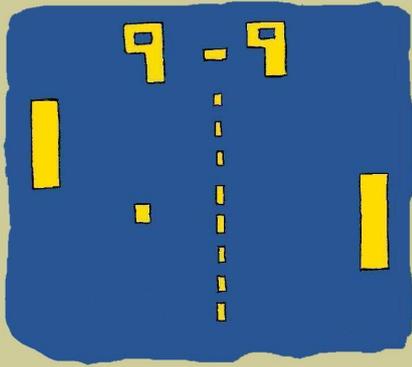
Sólo lo alimenta. Y tengo hambre.

No dejaré nada, lo mataré todo. Soy Dios.

Como sea.

Amén.

LENNIN Vs MARX en: El punto decisivo



IN YOUR FACE!!





Death of an Industry, pintura por Victoria Pittman

סיון גיזל



Ilustración por Juan Alarcón

En el Aire

Por GABRIEL ROMERO DE ÁVILA

Jueves, 7 de Noviembre de 2312.

El sol se está poniendo sobre la ciudad en llamas. Es el momento. En menos de una hora las Tropas-Dragón del General Kravor lograrán penetrar las defensas místicas de los Sacerdotes de Margala, y todo habrá acabado para ellos. Igual que nuestra misión.

La imponente urbe de roca nos contempla desde su magnificencia, desde sus eternos siglos que nunca habían presenciado una guerra, y que ahora están cubiertos de sangre. De la sangre inocente de sus propios Caballeros.

–¿Qué está sucediendo ahí abajo? –grita en mi oído la General Laika Kruscheva, la que una vez fue conocida como La Perra Cosmonauta, y hoy es Directora de las Fuerzas Aeroespaciales de la ONU.

–Las cosas se están poniendo difíciles, señora. El asalto a Margala es casi un hecho, y la batalla se plantea dura. El Sacro Ejército de Urm va a arrasarlo hasta que no quede piedra sobre piedra, y nosotros estamos en el medio.

Gruñe, y su hocico se materializa en el aire frente a mí. Ni siquiera en un holograma está contenta.

–Capitana Guzmán, creo recordar que esas no fueron sus órdenes. La pérdida de vidas no era una opción. Deben asegurar el linaje de Urm, pero no a costa de sus habitantes.

–Ya lo sé, pero aquí nadie cree en el diálogo. Hace tiempo que desenvainaron las espadas, y no están dispuestos a guardarlas hasta que no quede ni uno solo de sus enemigos.

–Pues tendrá que improvisar. La brecha cuántica no durará abierta más que unas pocas horas, así que dese prisa o usted y las suyas quedarán atrapadas allí para siempre.

Presión. Presión. Presión.

Miro hacia atrás al tiempo que la Directora desaparece, y observo desde lejos al hombre que nos guía, y al que debo convencer para que cese las hostilidades. Hombre... niño, más bien. El Príncipe Murtaka no tiene más de doce años, pero ya da órdenes a un batallón de diez mil hombres acampados en torno a los que una vez fueron verdes prados de Urm, y que ahora están muertos. Sus deseos se convierten en realidad casi sin necesidad de que los exprese, y su mano de hierro controla una nación que ha vivido tiempos mejores. La sombra de una monstruosa guerra civil planea sobre la Corte, y la única forma de evitarla, o al menos la única que él sabe ver, es por medio de la violenta represión de los intelectuales, los cabecillas de un movimiento en pos de una República controlada por el Senado.

La muerte será lo más que consigan.



Por desgracia temo que Murtaka no es dueño de sus propias decisiones, sino que ha caído en manos del auténtico gobierno oculto de esta nación, el inmisericorde Consejo de Sadran y más concretamente su Sacerdote Negro, el temido Arkham que habla con los espíritus. El mismo ser impío que lo impulsó al Trono y que ahora le cobra esos favores día a día. La Orden de Caballería de Sadran siempre fue rival directa de la de Margala por la atención de su Rey y de la Corte, y mucho me temo que esa rivalidad vaya a verse finalizada hoy.

Es hora de que actuemos nosotras.

Camino hacia el Príncipe entre lobos y demonios que esperan su momento de atacar, entre jinetes que montan leones y sombras de guerreros muertos que siguen prisioneras del Trono de Urm. Aquí nadie nos respeta, y a duras penas consigo que me dejen avanzar. Soldados vestidos con armaduras de lava me cierran el paso, pero la voz del Sacerdote Negro es una barrera mucho más poderosa.

–No tienes nada que hacer aquí, mujer. Marchaos en paz como extranjeras que fueron bien recibidas, y dejad que arreglemos nuestros asuntos.

–¿Esos asuntos consisten en masacrar toda una ciudad de valientes soldados? No hay orgullo en matar a tus propios súbditos, Gran Príncipe Murtaka.

–¿Qué sabéis vosotras? –me sigue diciendo el valido–. Vuestro tiempo ha acabado. Marchaos ahora... que aún contáis con la simpatía del Senado.

Maldito monstruo. Él controla el Senado, desde que echaron a los Consejeros de Margala y los empujaron de vuelta a su ciudad. Y como tampoco les ha llegado con eso, ahora les traen la muerte a domicilio. Tengo que hacer algo, mientras siga abierto el portal cósmico para volver a casa.

–Gran Príncipe, sé que vos también admiráis el valor mítico de los Caballeros de Margala, y que no deseáis que mueran sin razón. ¿Qué diríais si os propusiera entrar yo sola y arreglar este conflicto?

Por una vez consigo que el niño se dé cuenta de que estoy aquí y me mire (con los mayores basta con abrirte un poco el escote y ya tenés toda la atención que busques, pero a los doce años esa neurona todavía no se le ha desarrollado).

–Tú eres la extranjera, la que habla raro, ¿no es cierto?

–Se llama lunfardo¹, majestad... Pero sí, soy yo, y creo que puedo solucionar algo las cosas.

–¿En qué sentido? ¡Esos ladrones van a pagar lo que hicieron! ¡Ya es hora de que nadie se ría de la Corona de Urm!

–Por eso mismo, Majestad. Vos sabés que son hombres de honor, y que deberían ser tratados como tales por su futuro Rey. Si les das una salida honrosa estoy convencida de que la tomarán.

–De acuerdo, mujer, haz lo que te plazca. Aún queda una hora para que podamos atravesar sus defensas, así que ése es el tiempo que tendrás. Si ellos retiran su campo místico para dejarte entrar o no, es cosa suya. A mí me da exactamente igual.

Es el momento. No la fastidiaré, porque no tendré otra opción. Si quiero que no maten a miles de personas en una guerra injusta y sin sentido, habrá que hacerlo bien a la primera.

Y voy a hacerlo, porque sigo siendo buena en este trabajo.

Mi nombre es Capitana Eleonora Guzmán, y soy Sky Girl, Líder del Escuadrón Nueve de las Fuerzas Aeroespaciales de la ONU. Extiendo mis amplísimas alas blancas sobre los cielos de Urm, del Sub–Universo de Urm donde aún estamos en el año 100.000 antes de Cristo y la magia elemental es la única moneda de cambio. Sobrevuelo los grupos de espectros del pantano y los buitres gigantes, los gusanos de tierra inteligentes y los dioses de un plano superior, y me dirijo a mis compañeras por un nexo telepático.

–Chicas, voy a entrar. Estad listas para cualquier cosa. Podréis ver y oír todo lo que haga, y será muy, muy peligroso. Si no estoy de vuelta en una hora, largaos y que estos tipos se maten entre todos, ¿de acuerdo?

Lo primero que me contesta es la risa de la Sargento Adriana Carvalho, más conocida como Albatros, que aún no se cree que estemos metidas en esto.

–Capitana, no vamos a ir a ninguna parte sin ti, así que date prisa y aún llegaremos a tiempo para las holo–noticias de la noche.

Por detrás oigo también las burlas de Fuego y Hielo, las siamesas nórdicas que dominan el ataque con temperaturas extremas, y de la Delfinoide voladora Cabo Aanisah Jarhan, Fátima, que quiere entrar en guerra aunque nadie nos llame. Mientras, en órbita estacionaria nos espera la Ballena

Espacial Sargento Joanna Vences, a la que el Alto Mando bautizó Chaqueta Metálica. Sólo con que yo diera un grito reducirían Margala a cenizas atómicas, pero eso no nos interesa, más que nada porque Laika nos crucificaría.

–De acuerdo, Escuadrón Nueve, permaneced alerta. No quiero fallos. Nos jugamos la maldita Historia de la Humanidad, ¿de acuerdo?

Y se yerguen como una sola. Son princesas guerreras, luchadoras entrenadas para defender la paz aun a costa de sus propias vidas, y yo me siento orgullosa de pelear a su lado. Nos hemos enfrentado a tantas cosas... Virus tecno–orgánicos, soles rebeldes, nano–razas, islas que se mueven... No quiero que esta batalla sea la última, por mucho que tengamos delante una ciudad de piedra habitada por lagartos evolucionados en plena ucronía del pasado de la Tierra.

¹ **Lunfardo:** Jerga típica de la Ciudad de Buenos Aires creada en la segunda mitad del Siglo XIX con una mezcla de términos italianos y españoles con otros africanos e indígenas que ya existían en Argentina. Siendo al comienzo propia de los estratos más bajos y generalmente delictivos, el paso del tiempo la ha popularizado como la lengua de los gauchos y de muchos tangos famosos. Con los siglos se ha visto mezclada con numerosos términos españoles y árabes (por ser lenguas más utilizadas que el lunfardo), y desde la instauración del esperanto como idioma oficial de la Galaxia en 2210, su uso se ha limitado otra vez a los niveles sociales más bajos o a individuos concretos que intentan revitalizarlo, como es el caso de Sky Girl.

O quizá sea una línea temporal divergente, o una historia alternativa, o qué más da. Lo único importante es que van a morir miles de inocentes si yo no hago bien mi trabajo, e incluso así es posible que mueran igual, así que es hora de mover el culo y no equivocarme.

Agito las alas y planeo sobre un campo en guerra, donde una vez estaban los bellísimos Jardines del Amanecer, las Fuentes de la Hermosura Eterna y el Balcón de la Meditación, pero ya de todo eso no queda nada, sólo restos carbonizados por donde pasó el aliento de un dragón. Ante mí sólo hay un castillo que una vez fue poderoso, y que hoy resiste como puede a las hordas invasoras. Me acerco al aura de protección y la toco débilmente, sabiendo que les bastará para escucharme.

–Solicito audiencia con el Sumo Sacerdote de Margala. Mi nombre es...

–Sabemos quién eres, Sky Girl del mañana –hablan en mi cabeza mientras abren un orificio en el muro–. Tu nombre será honrado por generaciones, e igual lo será honrado en nuestra ciudad. Adelante. Eres bienvenida.

Vuelo como un soplo de esperanza sobre capiteles de piedra que nunca han conocido este horror, que fueron construidos para orar a sus dioses en paz y no para utilizar su poder en un combate. Descubro puentes que cuelgan sobre ríos ahora secos, paredes tapizadas de piedras preciosas que cubre la enredadera, y jardines que ya nadie cuida, y parecen más jungla que otra cosa.

El aire es mortecino aquí dentro, y la vida no crece.

Desciendo en un enorme patio circular con señales de haber recibido a grandes comitivas reales, donde me espera una única figura vestida con túnicas rojas.

–Bienvenida, Sky Girl. Yo soy Leezsh, Sumo Sacerdote de Margala... y temo que el último de sus pobladores.

–¿Cómo? ¿Estás solo aquí? ¿Pretendés decirme que habés mantenido a raya a todo el Sacro Ejército de Urm sólo con el poder de tu magia?

–Bueno... Soy muy poderoso, en realidad. Los Saurios tenemos secretos que nos hicieron invencibles hace tiempo. Aunque ya sólo quede uno.

Saurios. Malditos lagartos de piel caliente. A partir de cierto momento de su historia empezaron a evolucionar, ayudados por algunos poderes elementales que les permitieron levantar ciudades y aprender meditación. Leezsh es un bípedo colosal de tres metros de altura con una gigantesca cola verde y fauces capaces de tragarse a un hombre entero. Y sin embargo sus ojos transmiten una paz infinita, y a la vez una terrible decepción de lo que hay a sus puertas.

–Ven, paseemos por mi tierra, mientras aún quede algún sitio por el que pasear. ¿A qué has venido, mujer del futuro? ¿A limpiar tu conciencia?

–A evitar que os destruyáis. Podrá llegarse a algún acuerdo, ¿no? Aún no ha ocurrido nada irreparable.

–Temo que no haya otra solución más que mi muerte. Sadran está decidida a eliminar a todos los míos y hacerse con nuestra provincia, que ya ha vuelto salvaje en su mayoría. Tendrías que haber visto Margala hace un siglo. Había unos quinientos Caballeros de mi Orden, cada uno al frente de

su propio territorio, señores feudales de un hogar de bellísimos jardines. Pero ellos fueron eliminándose poco a poco, desertizando esos mismos jardines o volviéndolos jungla, como hay en su provincia. No se detendrán hasta que sólo queden hombres en este planeta.

—¿Oodian a los Saurios? Pero antes vivíais en paz como buenos hermanos.

—Di más bien que nos temen, o nos temían. En la antigua Guerra de la Oscuridad fuimos cruciales en la derrota de los Seres del Abismo que entonces dominaban la Tierra, los mismos que pasaron a formar parte del Ejército de los Pozos de Sadran. ¿Comprendes? Humanos y Saurios hicimos un pacto para expulsar del mundo a los Demonios, pero ellos los frecuentan en sus ceremonias impías, y creen que pueden dominarlos. Es falso. El Abismo se alimenta de todo lo oscuro y monstruoso que hay en el corazón de los hombres, y cada vez quiere más, y más. Por eso deseaban vernos muertos, porque los Saurios no tenemos un corazón que pueda corromperse. Nosotros no tenemos sentimientos, nos guiamos sólo por la razón pura y el deber.

—Eso es algo terrible, Sumo Sacerdote. Los sentimientos son la base de la existencia. En mi tiempo incluso algunas máquinas los poseen, y tienen libertad de elección.

—No sé si considerarlo una suerte. Nosotros creemos que el sentimiento es el origen de todas las elecciones equivocadas. Sólo juzgando con racionalidad se pueden llegar a conclusiones correctas.

—Supongo... que en algunos aspectos nunca habéis dejado de ser de sangre fría. Sin embargo no es eso lo que os echan en cara. Sadran afirma que robasteis la Corona de Urm, y que a consecuencia de eso no han podido nombrar Rey a Murtaka. Dicen que llevan años buscando al heredero de su mítico Rey Avan, el que derrotó a la Oscuridad, y que desde su muerte son vulnerables. ¿Es cierto?

—¿Es lo que os han contado? Sus mentiras son audaces, desde luego. No, no es cierto, básicamente porque la Corona siempre ha sido nuestra, y es la Diosa Margala quien debe aceptar o no al Príncipe Heredero y coronar su frente. Y en este caso lo repudiamos.

—¿Por qué? Esa actitud sólo generará más guerra.

—Tú no puedes entenderlo porque no naciste en Urm. Verás, hace muchos eones la Tierra pertenecía a los Demonios, que campaban libres por un suelo yermo y un cielo negro sin estrellas. Pero entonces llegó la Diosa Margala, a la que tú llamas Sol, y rasgó las tinieblas que ocultaban el cielo, y de todo nació Vida. Hubo pájaros que vencían a la gravedad, y peces que respiraban bajo el agua, y plantas frondosas para alimentar a muchos, y grandes Saurios que nos hicimos dueños del mundo. Ningún otro animal podía competir con nosotros, pero no teníamos poder para expulsar a los Demonios, de forma que tuvimos que aceptarlos, hasta que nació Avan. Él era un ser distinto a todos, el primer simio que bajó de un árbol y tuvo conciencia propia, el primero después de nosotros que tenía alma. Conocía los elementos, doblegaba a los espíritus daimones a su voluntad y hacía prodigios, de forma que la Nación Sauria le ofreció un pacto para luchar juntos una guerra por la luz del sol. El conflicto duró mil años y abrió la corteza del cielo y la tierra, pero logró que los Seres del Abismo fueran empujados de vuelta hacia él, y que perdieran el derecho a manifestarse en el mundo si no era a través de la voluntad de los Hombres. ¿Comprendes lo que significa esta historia?

Urm es la ciudad que fundamos todos juntos, el nexo entre Humanos y Saurios con la Corona como lazo de unión. Por eso los Demonios ya no pueden asumir forma material nunca más, y por eso buscan corromper el corazón débil de los hombres para recuperar el poder que ostentaron.

–No me hagás más circunloquios. Vosotros no reconocéis a Murtaka como Rey, y por eso os llevasteis la Corona.

–¿Quieres no interrumpirme más? Así no habrá forma de que acabe la historia. Avan reinó en Urm durante siglos, llevando la prosperidad y la armonía a todo el planeta, pero finalmente murió sin descendencia, y eso es lo que nos ha traído el horror. Sadran presentó a este chico ante el Senado, pretendiendo demostrar que era la reencarnación del espíritu de Avan, pero no pudo convencernos. Es sólo un farsante mal entrenado por ellos, que no fue capaz de superar las Pruebas del Alma y fue rechazado por la Diosa Margala. Ésa es la razón de que no les entregáramos la Corona y nos tuviéramos que retirar a nuestra Ciudad, para proteger el verdadero linaje de Urm, y lo que representa. Son ellos los que pretenden robar la Corona, y no este Consejo.

–Entonces vuestro enfrentamiento es absoluto, y no veo una forma de arreglarlo.

–Te lo dije. Éste es un camino sin retorno del que sólo escaparemos con sangre. Mi sangre, y la de todos los defensores de la verdad. Si tenéis algo de cordura, no os pongáis en el camino de Sadran, y dejad que todo acabe como está predicho.

–Un momento, aún veo otra salida. Ellos sólo quieren coronar a su Rey, no les importa mucho tu vida. Podés entregar la Corona y huir, hay territorios más allá del Mar donde reconstruir tu Orden, donde empezar de cero y ganar otra vez el honor. No tenés que morir para ser honorable.

–Sí, sí que tengo que morir. Lo que me dices sería una vergüenza, nunca podría vivir con esa mancha en mis actos, en lo más sagrado de todo lo que creo. Si se llevan la Corona, será arrancándola de mi mano muerta.

–Sos un dramático. Mi misión aquí es evitar que muera nadie más. Si me obligás, te quitaré la Corona por la fuerza para entregársela a ellos, y te llevaré inconsciente al Mar para que vivas libremente lejos de aquí.

Me observa con aire burlón, como quien todavía cree que sólo soy una chica débil con alas en la espalda, y agita los dedos con vehemencia, al tiempo que el suelo y el aire se agitan por su poder. La tierra se estremece sólo porque él lo ordena, y de sus entrañas brota un ejército de plantas de aspecto humanoide con poderosos brazos de madera y roca, con ojos que ven en la oscuridad y garras de topo. Mira al vacío, y el vacío se transforma en ciclones de fuerza inusitada capaces de barrer países enteros, en agujeros sin aire donde asfixiar al enemigo, y en luces más intensas que el corazón de los soles. Se planta ante mí y me reta en silencio, creyendo que puede impresionarme.

–He contenido yo solo durante años a todo el Sacro Ejército de Urm. ¿Eso no significa nada para ti, mujer del mañana?

–¿La verdad? No –miro hacia el cielo y recito una vieja oración que me enseñó mi maestro–. Sky Girl llamando a Central de las Fuerzas Aeroespaciales. Solicito anulación de sonda telepática. Procedimiento: Ragnarok. Escenario: “La leyenda de Urm”. Sujeto: Leezsh de Margala.

Y la respuesta no tarda más de un segundo, en forma de una Voz que parece venir de todas partes. “Sujeto pasivo y sujeto solicitante identificados. Procedimiento autorizado. Iniciando”.

Me observa sin comprender, pero enseguida nota lo que está ocurriendo. Sus dedos flaquean, su frente se llena de sudor, sus enormes esclavos arbóreos se deshacen como si les hubiera llegado el otoño. Y los torbellinos... bueno, éstos hace un rato que ya no aparecen. Intenta balbucear, pero no puede, porque en todos sus milenios nunca ha encontrado a nadie que anulara su poder con tanta tranquilidad, ni siquiera Avan.

Y ésa es mi única y pequeña ventaja.

–Estás indefenso. Entregáme la Corona antes de que sea muy tarde.

Murtaka se impacienta.

A lomos de su poderoso murciélago vampiro gigante, la perspectiva del campo de batalla luce hermosa, aunque todavía no hayan podido entrar en combate. Las numerosas fuerzas demoníacas que el Sacerdote Negro ha reunido para él parecen un vasto enjambre de avispas preparadas para la matanza, para arrasar el castillo de los ladrones hasta sus mismos cimientos. Rechina los dientes, y espera que su plan surta efecto antes de que caiga el sol. Los últimos rayos se esconden por detrás de la urbe asediada, mientras los Lobos–Hombres empiezan a aullar ansiosos y los cuervos revolotean sobre el campo que enseguida se llenará de cadáveres. Ya queda poco... Ya queda poco. Mis queridas compañeras cosmonautas saben ya lo que ha pasado, y lo que ocurrirá después, y no les gusta. Fuego y Hielo respiran ansiosas calculando nuestras opciones, y no les salen demasiadas. Fátima y Chaqueta Metálica revisan las fuerzas del enemigo intentando hallar un punto débil por el que colarse, uno que todavía no han descubierto. Albatros sólo quiere lanzarse a la guerra.

Y entonces salgo yo.

Caminando despacio por el gigantesco Puente del Alma que antes unía la Ciudad de Margala con el mundo, las alas plegadas, la cabeza baja, el corazón expectante, me uno al ejército invasor que cuenta los minutos para cobrarse la vida de los suyos, o al menos los que eran suyos hasta hace poco. Los soldados me observan con la respiración contenida, las bestias sólo esperan la orden de atacar, y hasta los dragones dejan de quemar la ciudad para mirarme, escuchando la palabra de su Príncipe que les diga qué hacer. Y Murtaka tiene la mirada fija en mi cuerpo (pero no para bien).

–Dime, extranjera, ¿qué has conseguido? ¿Tienes la Corona, o todo fue una burla?

Abro las manos, y de un pequeño interludio dimensional hago aparecer el objeto más brillante y hermoso que se haya visto nunca. Los bordes relucen esculpidos en oro, las puntas son de piedras preciosas, en los contornos hay viejísimas runas de otro tiempo. Es un símbolo de realeza, pero también una joya de valor incalculable, y un arma mística de grandioso poder. No me extraña que pueblos enteros se hayan matado por esto.

–Aquí tenéis, Majestad. Ahora todo está solucionado.

El Sacerdote Negro se lanza como un halcón sobre su presa, y me la arrebató de los dedos.

Murtaka ríe, y sabe que por fin sus planes se han cumplido. Todo Sadran se arrodilla ante la imagen casi divina, y los monstruos gruñen por la sed de sangre no saciada. Arkham se dirige a la multitud como un gran orador o un director de pista en el circo, pletórico por lo que han hecho. Por lo que he hecho yo en su nombre, vamos.

–¡Gran pueblo de Urm, escuchadme! ¡En este día podemos dar por terminada la búsqueda! ¡La Corte de Urm está completa! ¡La reencarnación del Rey–Dios Avan está a la cabeza de su ejército, y tenemos de vuelta su Corona! ¡Hoy el círculo se ha cerrado! ¡¡Adorad a Urm!!

Y la multitud ruge como uno solo, como el monstruo que hay en el corazón de los hombres. Leezsh tenía razón. Somos animales con los que juegan poderes oscuros.

El Sacerdote camina hasta su monarca y, con el deleite de un actor griego, posa la Corona en su frente. Murtaka ríe como un loco, feliz en la cúspide de su macabro poder. Las primeras palabras que emitirá son para un público entregado.

–¡Pueblo de Urm, escuchadme! ¡Os habéis comportado como unos buenos súbditos! ¡Habéis obedecido siempre mis órdenes, habéis cruzado el mundo para verme convertido en Rey, y ahora por fin lo hemos cumplido! ¡Yo soy Murtaka I de Urm! ¡Por eso os doy mi primer mandato como Cabeza de la Iglesia del Sol y la Luna: destruid Margala! ¡Arrasad esa ciudad maléfica y traedme el cadáver de los últimos Caballeros! ¡¡Adelante!!

El corazón me da un vuelco en el pecho, aunque apenas puedo oírlo entre el fragor ansioso de la guerra. Los soldados de armadura de lava vitorean a su señor, y los Lobos–Hombres están deseando comer carne humana. La multitud de Demonios se agita en busca de sangre, y los Dragones vuelven a lanzar su aliento flamígero.

Justo a la vez que el aura cae en pedazos, porque yo se la he quitado.

–¡A la batalla! –grita el Sacerdote Negro–. ¡Por Urm! ¡El que enseñe la cabeza de un Caballero conseguirá paga extra!

Aunque ya no hace falta que los espolee, nadie le escucha. Las tropas sólo quieren resarcirse por el largo viaje a través del mundo, por el tiempo que aguardaron para hundir sus colmillos en Margala, y lo duro que ha resultado al final. Ahora sólo buscan carne y sangre que les alimente un día más, y que ensombrezca otro poco sus corazones. Los ejércitos que ha traído Urm al antaño sagrado Valle de Margala son lo más inhumano y sacrílego que han podido encontrar, son monstruos abominables sin piedad ni un alma en su pecho, y que no se pararán ante nada que cualquiera pueda considerar respetable. No valorarán el castillo, su biblioteca o el saber que guarde, no le darán importancia al hombre–dinosaurio que es su último protector, ni al acto de infinita valentía con que los encara. No, para ellos esto es sólo su recompensa, su disfrute después de tanto tiempo, el regalo de un monarca al que adoran.

Y en mitad de aquel horror mi voz se pierde como el viento, indistinguible.

–¡Majestad, no podés hacer esto! ¡Tenés la Corona, marchaos de aquí en paz! ¡Ese hombre se ha rendido, y se merece que le tratés dignamente!

Frase mágica.

Murtaka se detiene en seco y me lanza una mirada gélida, como si los misterios del Universo empezaran a mostrarse ante él.

Pues no te queda nada.

–¿Ese... hombre? ¿Me estás diciendo, mujer, que allí no queda más que un solo Caballero? ¿A esto ha llegado la insufrible Orden de Margala?

Sonrío.

Te tengo. Has caído en tu propia trampa, y ahora sólo queda cerrar la bolsa encima de tu cabeza para que la veas.

–Sí, Gran Murtaka, hay un solo hombre en la ciudad, un lagarto que sobrevivió a la extinción de los suyos y ha dominado los poderes de la magia. El resto eran sólo creaciones sin vida, imágenes dotadas de inteligencia que se hicieron pasar por humanos y atrajeron a muchos niños a empezar el entrenamiento de Caballero.

–Pero... eso es imposible. El Gran Dios Avan tuvo a un Lagarto en el Senado de Urm, e incluso lo nombró su consejero personal. ¿Me estás diciendo que era el único que había?

–Estoy diciendo que nunca hubo más que un Lagarto, los demás se extinguieron hace eones. De hecho, incluso el Gran Dios Avan era una de sus creaciones de luz. Nunca existió ese hombre. Sólo era un invento para atraer a la Humanidad hacia sus mayores virtudes... y veo que no lo ha conseguido.

–¿De qué demonios hablas? ¿Cómo que Avan nunca existió? ¡Yo soy su reencarnación en la Tierra!

–No. Vos no sos más que un niño al que se han empeñado en convertir en Rey, y yo te he ayudado, porque quería evitar la matanza. Pero no podés ser la reencarnación de nadie, porque Avan sólo era una treta de Leezsh para sacar lo mejor del corazón humano, ya que él era incapaz de sentir nada. Una vez confió en que la Humanidad podría seguir sola sin un pastor que la guiase, y dejó morir a Avan... pero sólo ha conseguido que os arrojéis a la Oscuridad de cabeza. Tanto él como yo estamos muy decepcionados.

Grita, furioso, cuestionado delante de los suyos por una mujer a la que no tolera, y espolea a su murciélago gigante para lanzarse a por mí. Desenvaina la mítica espada de los dioses de Urm, e intenta clavarla en mi pecho para que no cuente la verdad. Una bandada de cuervos le sigue y ponen sus ojos en mí, pero nadie va a terminar con Sky Girl tan fácilmente.

Lanzo un ataque de fuerza sónica proyectado a través de mis manos, y el niño cae de su bestia inmundada y aterriza en el suelo, mientras los cuervos huyen atemorizados.

Un millar de lobos le rodea, y el Sacerdote Negro le ayuda a levantarse, mientras intenta asesinarme con unos ojos de fuego.

Es el momento de contraatacar. Miro de lejos a Margala, con sus paredes hundidas y su suelo volando en pedazos, y aviso a mis chicas por medio de telepatía.

–¡Escuadrón Nueve, desplegaos! ¡Frenad el avance de las tropas de Urm, antes de que derramen la sangre del Lagarto!

Y se mueven con la rapidez de siglos de veteranía.

Albatros abre sus alas grises y vuela a toda velocidad hasta el frente de guerra, delante de un batallón de diez mil gigantes armados con mazas y espadas. Pero eso no es nada para ella. Sonríe con la dulzura de una soldado que confía en sí misma, y levanta las manos, generando en torno a los gigantes un campo de indeterminación temporal, donde los segundos pasan como si fueran años. Albatros es la experta en velocidad, la que vuela más rápido y puede recorrer distancias fabulosas por el Cosmos, pero no sólo por el dominio de sus alas, sino porque puede hacer que el tiempo transcurra más o menos deprisa en ambientes tridimensionales controlados. Los gigantes parecen congelados en el instante que separan los microsegundos, y el avance por la derecha se detiene. Sin que ella haya perdido nunca la sonrisa.

Fuego y Hielo se desplazan en el corazón de una burbuja de escarcha, enfrentándose a las sombras olvidadas de guerreros muertos, que aún obedecen al Rey Murtaka debido a sus antiguas lealtades con la Corona. Pero ellas son capaces de eso y mucho más. Las siamesas suecas Harriet y Erika Blomkvist comparten el mismo tórax y abdomen, y sólo poseen un brazo y una pierna cada una, de forma que se mueven como un solo bloque y ambas manipulan temperaturas extremas. Fuego hace que nazcan volcanes al paso de la tropa, y Hielo lanza sobre ellos una tormenta monstruosa, pero nada detiene a las almas incorpóreas. Tendrán que hacerlo mejor. De forma que unidas crean un ambiente de altísima presión atmosférica que golpea al enemigo como un ariete, deshaciendo sus filas y enviándolos de vuelta al Más Allá. Puede que sean sólo almas en pena, pero cuando pretenden interactuar con el mundo físico deben cumplir las leyes de la naturaleza igual que todos, y por tanto son vulnerables a nosotras. Del frente izquierdo tampoco queda nada.

Fátima bucea en el aire con la gracilidad que es propia de los suyos, y se sitúa delante de los Lobos-Hombres que buscan la sangre de Margala. Ella es una de las Delfinoides árabes de Damasco expertas en telepatía, aquéllos que el Imperio de Nilidia fabricó genéticamente para utilizar sus cerebros en la guerra. Vista desde fuera es sólo un precioso delfín que vuela con elegancia en medio de una batalla, pero los que la conocemos sabemos bien lo que puede hacer. Observa a los lobos con la sabiduría en sus pequeños ojos, y chilla, transmitiendo un poderosísimo rayo de energía mental a sus monstruosos cráneos primitivos. Los Lobos-Hombres son bestias de escasa capacidad intelectual, creados sólo para destrozarse a sus enemigos de la forma más brutal posible y crear así el terror en ellos. Pero por suerte aún deben tener algo de cerebro, un mínimo que coordine sus funciones básicas, aunque sólo sea el bulbo raquídeo, de modo que son vulnerables a nuestra telepata.

En segundos el ataque del Sacro Ejército de Urm queda reducido a escombros, y Murtaka y su valido nos odian por siempre.

—¡Malditas mujeres del infierno! ¡Os destruiremos, aunque nos cueste el resto de la vida!

Y aún falta el golpe de gracia.

—Sky Girl llamando a Central de las Fuerzas Aeroespaciales. Solicito restitución de sonda telepática. Sujeto: Leezsh de Margala.

La ciudad en ruinas tiembla como sacudida por un terremoto, y de lo poco que queda de sus

paredes brota una luz intensísima. El suelo chilla y se fragmenta sacudido por brutales ondas de energía pura, y los ejércitos son rechazados como juguetes rotos. El cielo parece caerse a pedazos, las nubes lloran entre ráfagas colosales, los volcanes entran en erupción. Y de lo más profundo de Margala surge una figura inmensa y terrible, un cuerpo de lagarto humanizado que brilla por su propio poder, que dobla las líneas de energía del Cosmos y se convierte en sí mismo en el corazón de un sol. Murtaka está aterrorizado, su pequeño Sacerdote es una hoja de árbol sacudida por el viento, y las temidas tropas demoníacas son repelidas con facilidad.

Nunca nos necesitaron. Nunca tuvimos nada que hacer aquí, sólo contemplar los horrores.

De pronto empezamos a desmaterializarnos. Nuestros cuerpos desaparecen en una nube de electrones que viene de lejos, y somos transportadas a un universo diferente.

–¡No! ¡Todavía no! ¡Esperad un poco más, tenemos cosas que hacer aquí!

–Es imposible –dice Chaqueta Metálica en mi oído–. El portal cósmico se está cerrando, y o nos marchamos ahora o quedaremos atrapadas aquí para siempre. O al menos durante bastantes ciclos espaciales.

Contemplo por última vez las guerras de Urm, y no puedo evitar que me caigan las lágrimas. Veo un linaje honroso destrozado por el egoísmo, por la ambición de poder sin miramientos, y que sólo ha conseguido destrozarse su reino. Urm fue la primera nación de la Historia de los Hombres, y se hundió en el olvido por su propia crueldad.

Lo siguiente es desaparecer del Sub-Universo y volver a nuestra vida normal, donde no hay magia. Por suerte.

Lo primero que contemplo son los ojos profundos de Laika Kruscheva, y de alguna forma parecen satisfechos. Estoy convencida de que esta Cánida no sabe reír, pero hoy es el día en que la veo más cerca de conseguirlo.

–Bienvenida de vuelta, Sky Girl. Ha sido un verdadero viaje, ¿no lo cree así?

–Me alegro de verla, señora. Habríamos podido hacer más, la verdad, pero fuimos recuperadas demasiado pronto. Cometí el error de apagar la sonda telepática del Saurio pensando que así podría evitar la guerra, pero sólo conseguí provocar un detonante.

La Perra Cosmonauta pasea por una estancia con vistas al Mar de la Tranquilidad. Estamos en Ciudad Luna, el Cuartel General de las Fuerzas Aeroespaciales, y tras ella hay unas imágenes de la destrucción de Margala, con los vanos esfuerzos de las tropas del Senado por matar a Leezsh. Y en la esquina inferior derecha puedo ver el anagrama de Narixa Televisión.

–No pretendíamos que pacificaran toda la región, querida. “La leyenda de Urm” es el reality de mayor éxito de audiencia en la larga historia de la holovisión, para eso los fabricamos genéticamente, para que simularan poderes mágicos y dieran un buen espectáculo de batallas. Y por eso nos ha venido tan bien para que gane popularidad el Escuadrón Nueve. En esta época en que vivimos hasta los grupos de Operaciones Especiales de la ONU tienen que ser queridos por la gente, y qué

mejor forma que salvando el día en prime time.

–¡Pero esa gente está muriendo, señora! Leezsh, Murtaka, Arkham... ¡Todos ellos son reales!

–Oh, por supuesto que son reales. Son constructos genéticos del Ministerio de la Ciencia, y cumplen bien su papel de dar audiencia a la cadena pública. Es cierto que ellos no saben que están actuando, y que a veces han resucitado a algún personaje que aún podía dar más juego (lo de Folgar el Pirata fue todo un escándalo, y tengo que decir que voté en contra, pero ganó la resurrección por un 84 %). Así que esto no debe preocuparle demasiado, Capitana. Si ven que el papel de Leezsh es lo bastante interesante, lo resucitarán igual que a Folgar. Su misión ha sido un éxito, y eso es lo único que importa. Vuelva a casa, y recupérese. Nunca se sabe cuando necesitemos otra vez al Escuadrón Nueve.

Regreso de forma automática hasta mi hogar en Buenos Aires, pero mi cabeza sigue atrapada en el Sub–Universo de Urm. Mi cuerpo viaja como una autómatas por la concurrida Espaciopista Tierra–Luna, pero mis sueños viven en un mundo de hechiceros falsos y traiciones demasiado verdaderas. La leyenda dice que Urm fue el primer reino de la Historia de la Humanidad, uno que se destruyó por guerras internas y al que los dioses condenaron sin piedad. Sus tierras fueron tragadas por un cataclismo y sus gentes muertas por millones, con apenas unos pocos supervivientes dispersos por el mundo. Se dice que algunos terminaron en Egipto, donde fundaron un reino joven lleno de pirámides y secretos. Que otros quedaron dispersos como Pueblos del Mar, combatiendo en aguas que pronto hicieron suyas por derecho. E incluso que unos pocos marcharon lejos hacia el Oeste, a tierras nunca holladas donde crear templos a sus dioses animales, y donde levantaron una ciudad en honor de su antiguo Sacerdote Negro que fue bien conocida.

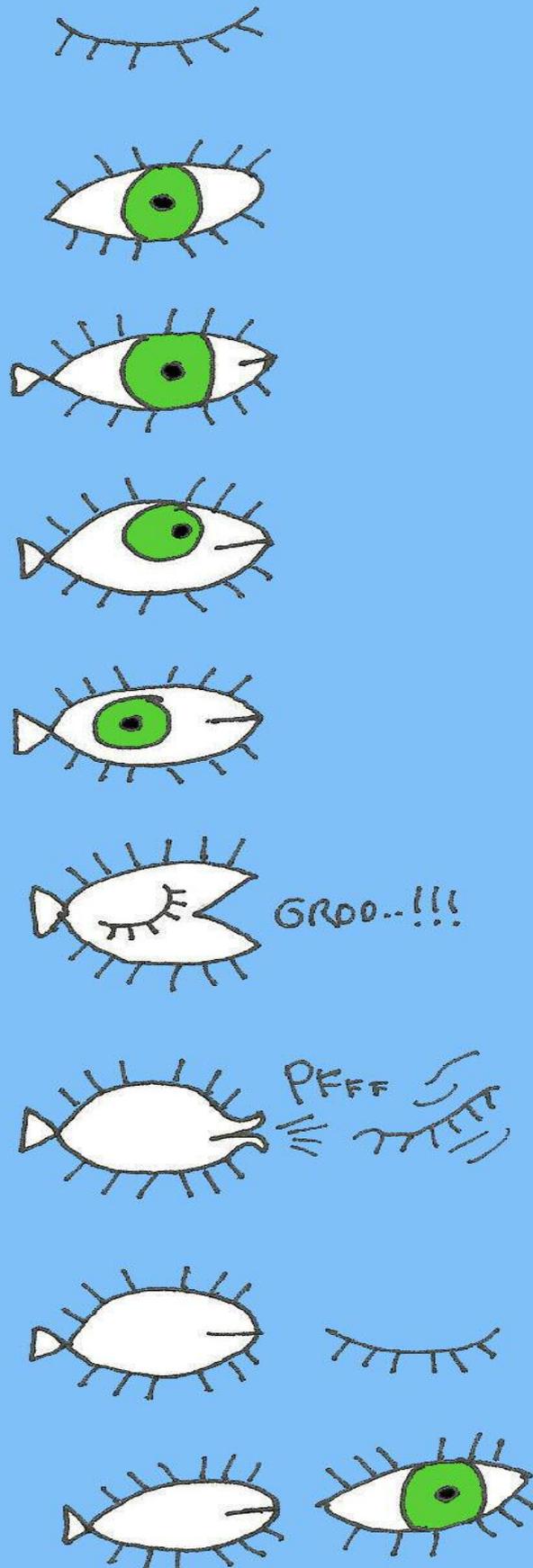
Y cualquier otro recuerdo se perdió hace muchos milenios.

Pero eso no significa que yo los olvide, que no me importe lo que ha sucedido sólo porque fueron creados en laboratorio en vez de en el útero de una mujer. Para mí, pase el tiempo que pase, las enseñanzas de Leezsh siempre serán auténticas, y su sacrificio será un acto de valentía. Aunque en el esquema global de las cosas sólo haya servido para vender más Coca–Cola.

¿Es que el resto de nosotros sirve para algo más?

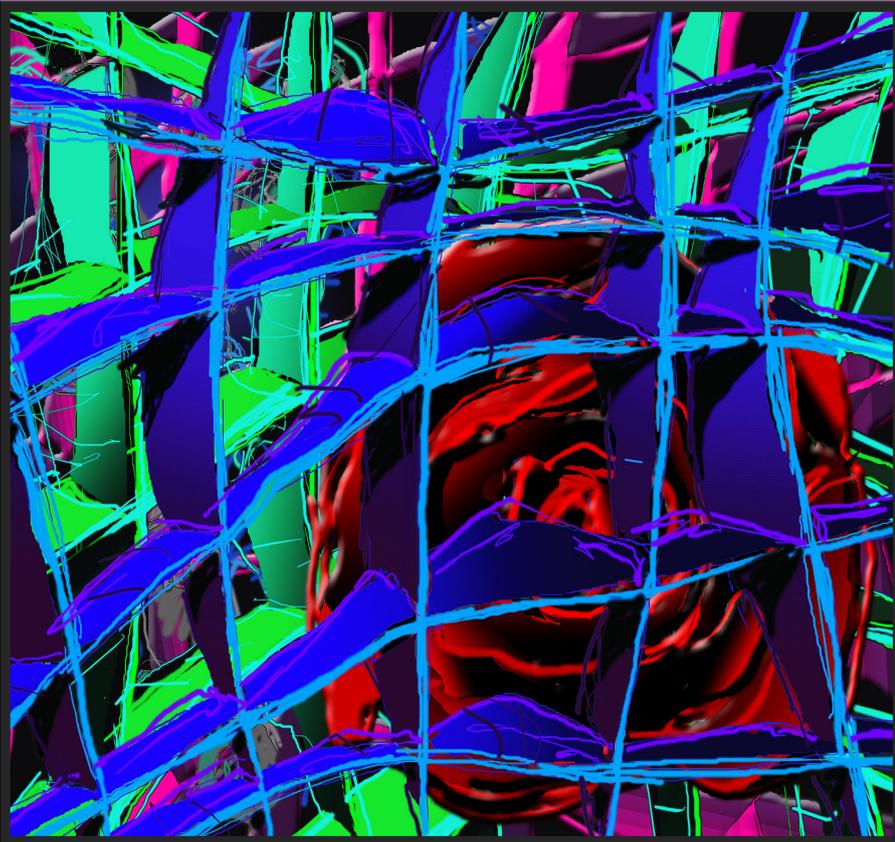
(En el próximo número de Albis Off, otra aventura inédita de Sky Girl, Aventurera Espacial)

ESPORAS



LA ROSA CAUTIVA

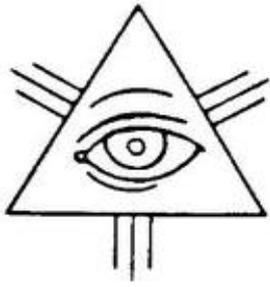
Por LUIS ROBERTO MAKIANICH



Los ojos de Rolando recorren aleatoriamente las portadas en el escaparate de una tienda de libros usados. Su reflejo en la vitrina le devuelve una expresión temerosa, como si supiera que encontraría algún ejemplar que le dañase el alma. Junta un poco de coraje y se interna en el local a paso esquivo y con la mirada huidiza, pasando su mano por los lomos como si quisiera palpar el borde de los títulos en alfabeto Braille; escoge un volumen al azar y lo extrae del estante con la seguridad que le confiere su intuición, hasta abrirlo en

la primera página, casi sin hojear el nombre en la tapa. Unas pocas palabras escritas con lapicera, a modo de dedicatoria enmarcan una rosa seca que alguien olvidó por años, provocando que la tinta se oxidase, haciéndola casi imperceptible al bajo contraste con el amarillento papel; sin embargo, a los ojos de Rolando, el color de la rosa pasa abruptamente del ocre al rojo, impulsándolo a voltear la página y sumergirse en el texto que le da la luz necesaria para enterarse del ardiente romance que envolviera esa furtiva dedicatoria. Avanza unas pocas hojas adelante hasta descubrir que hay algo discordante con lo que su imaginación le adelantara, y decide volver al principio, cuando descubre que el color de la rosa ha tomado un tono más pálido, hasta que el blanco le inunda el iris de tristeza, y acude a las últimas páginas como intentando descubrir de un vistazo un indicio que le dé un poco de tranquilidad, pero no lo logra; él sabe que en ese párrafo manuscrito está la clave de tal atrapante historia y retorna a él para descifrarla. Ahora el color amarillo del óxido en la tinta le confirma que una historia de celos ha puesto fin al atormentado amor que se encuentra cautivo entre dos hojas de un libro; en la perpetuidad que le confiere estar encarcelado en un ejemplar olvidado.

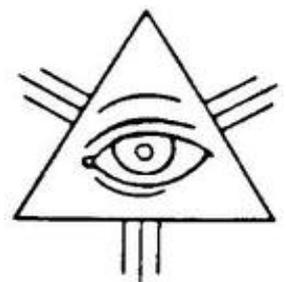
Sumamente angustiado, Rolando deja caer el volumen sobre una pila de libros que parecen burlarse de él, no solo por haberse conmovido con tal trágico romance, sino por no haber aprendido nunca a leer.

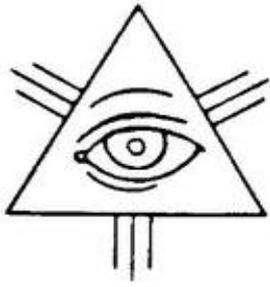


Oda a Dios

Por ARTURO RUIZ ORTEGA

Y tuve una epifanía
Como por a de las dos
Yo supe que sí hay un Dios;
Pero es que fue una agonía!
Desprovista de alegría.
Fue mi revelación...
Distinguí en la creación
La marca de un mandamiento
Y es que exista el sufrimiento
Cual la más cruel condición...
Este Dios omnipotente
Con Él solo decretarlo
Podría Él eliminarlo
Así y sólo y de repente...
¡Si fuera benevolente!
Así la sabiduríaVendría por otra vía
Y no fueran necesarios
Nuestros dolores precarios
Ni la más cruel agonía.
Si entiendo bien su criterio
Y viendo bien sus acciones
Sin considerar ficciones
Desaparece el misterio
¡Estoy en problemas serios!
Porque no hay ni un paraíso
Simplemente no lo hizo
Pues hacer sufrir al justo
Le llena de puro gusto
¡No es más que un viejo enfermizo!
Esta reflexión tan dura
Es del más pleno derecho
Porque sale de los hechos
Y se apoya en la escritura
Sagrada en nuestra cultura
Los fieles siervos del padre
Devotos de “nuestra madre”
Me encenderán una hoguera
Pero es cosa verdadera
¡Dios es un concha su madre!





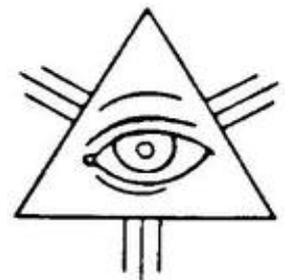
DIVINA COMEDIA

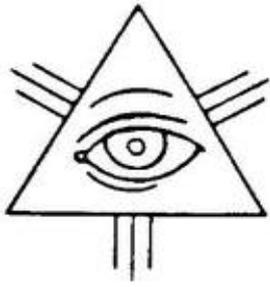
CIELO

Miren, nos dijo aquel ángel:
"Si sé que dios está muerto
Si ya se sabe el entuerto.
Si hasta mi jefe el arcángel
Comió sus cabellos de ángel
Y abandonó ya su puesto;
Y aunque no estaba dispuesto
Por ni una mala experiencia,
Partió hacia la competencia
Por empleo de repuesto.
""Pero este arcángel rampante
A pesar de su deseo
No pudo obtener empleo
En el infierno llameante
Así que ahora está cesante.
Pues para ángeles caídos
Ya no existen más pedidos,
Porque contra un cielo en quiebra
La guerra de las tinieblas
No tiene el menor sentido.
""Así que ahora está cerrado
El cielo de los milagros
Yo dejo limpio y me largo
Voy a dejar sin candado
Que aquí no hay nada sagrado.
"Dejando la puerta abierta,
Con habilidad experta
Rápido hizo el aseo
Y a pesar de mis deseos
Nos dejó si más respuestas.

INFIERNO

Mala fama compañero
Nada más que mala fama:
Aquí hay una gran gama
De pensadores señeros
Y para serle sincero
Mucha gente de los cielos
Venía aquí a soltarse el pelo





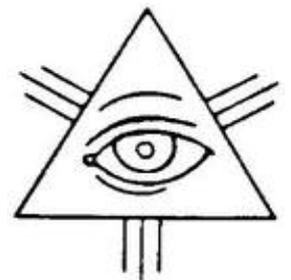
Durante la dictadura
De aquel dios y de sus curas
Que se morían de celos.
A aquel dios del cristianismo
Lo extrañamos pues, es cierto;
Porque ahora que está muerto
Tenemos menos turismo
Y el negocio no es lo mismo
Que cuando las represiones
Combatían tentaciones,
Pues la mejor propaganda
Que el deseo más agranda

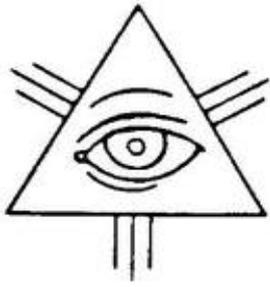
PURGATORIO

No, si estamos demoliendo.
De hecho, con el Cielo incluso,
Estábamos en desuso;
La pasábamos fingiendo
Que había arrepentimiento.
Los costos son elevados
Y el personal encargado
De estas instalaciones
Cobra sus jubilaciones
Y más ya no han contratado.
Edith Piaff lo hizo imposible:
De los placeres gozados
Nadie más ha renegado;
Esa francesa increíble
No pudo ser más terrible.
Debimos haber cerrado
Ya por el año pasado
¡Tuvimos harta paciencia!
Mas nadie quiso indulgencia
Así que hemos terminado.

TV

No quiero volver a verte,
Hombre ancla del matinal
¡Tu imagen es puro mal!
Tu verbo golpea fuerte
Dejando al cerebro inerte,
Peor que el de algún animal.
Al punto que nos da igual
Ser forzados a tenerte
¡Y hasta hay quien teme perderte!

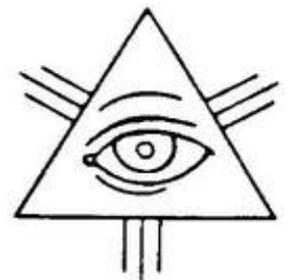




Siendo que eres tan fatal.
No quiero saber copuchas
Ni me interesan rumores
De bataclanas ni actores
¡Ya cállense por la chucha!
Porque esta mierda ya es mucha.
Contrarrevolucionaria,
La programación precaria
Esparce su podredumbre
Transformando en muchedumbre
Lo que queda de la patria.

ARTE POÉTICA DOS (CREO)

Todas mis emociones son de plástico;
Es imposible una crisis constante
Y después de todo soy irrelevante.
Mejor dejo hablar a un hablante fantástico,
Después de todo, mis versos son prácticos.
Me gasté mis dolores verdaderos,
Ya escribí todos los versos sinceros.
No puedo con un eterno conflicto
Ni quiero vivir como un drogadicto
No puedo seguir siendo un pependenciero.
Yo mismo no soy tan interesante
Por eso prefiero dejarme aparte;
Ya no tengo mucho más que contarte
Y hablar de mí mismo es poco elegante.
Y para no parecer un farsante
Mejor dejo en claro algunas cuestiones:
Aquí pues no hay nada más que ficciones
Y si es que me tomo algunas licencias
No es más que una mera coincidencia.
No es por mi culpa si hay repercusiones.
Por eso es que reclamo estos derechos:
Faltar como me plazca a la verdad,
Disponer a gusto de la realidad,
No tener que ser leal a los hechos,
Poder presumir de lo que no he hecho,
No hacer distinción entre falso y cierto,
Si eso me conduce a lograr aciertos.
Tengo que poder ser inconsecuente
Y ser aún así juzgado inocente.
O de otra manera estaría muerto



FRAGMENTOS

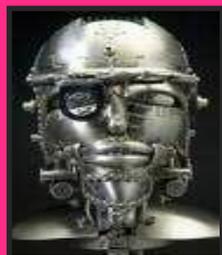
Por MYRIAM MAHIQUES

Muy enclenque, apoyada contra las paredes de mi rincón, veo que a pesar de la ausencia de visitantes, no estoy sola, sino rodeada de los muebles del casamiento que aún conservan dentro la cristalería, la vajilla, la mantelería, las sábanas de lino bordadas... Sólo los cajones con su ropa han sido vaciados, ¡tanto ha quedado nuevo! En sentido figurado, claro está, porque todos los objetos llevan largos años aquí, no obstante, salvo uno que otro, se conservan muy bien.

Yo también fui hermosa alguna vez, reservada en aquellos días rigurosamente para el doctor, vestida de brocado en composé con la toalla de hilo rosa que se usaría eventualmente en auscultaciones. Ella no dejaba que nadie en la familia me tocara, y allí estaba yo, firme al lado de su cama, hasta que en vista de lo mucho que faltaba para la llegada de los nietos, un perrito pekinés pasó a ser su mascota mimada, al punto que los hijos lo miraban con recelo, increíble se les hacía verlo dormir extendido entre los almohadones de seda sobre los sillones o comer churrasquitos de lomo. A pesar de los manjares, el bicho de cara aplastada se empeñó en morderme hasta dejarme en este estado deplorable. Para bien de los hijos o mal de la señora que lloraba desesperada, el perrito fue robado en un descuido y, para balancear el disgusto, se organizó una fiesta por las bodas de plata, en la que ningún amigo y pariente estaría ausente; a la colección de objetos y muebles sin función, se sumó una caja enorme de cubiertos de plata más las copas de cristal, ya que ella desistió de su estreno, pues no alcanzarían para tanta gente; se optó entonces por los viejos vasos guardados, los dispares que iban quedando sin romper.

¡Ah, esas eran fiestas! De sillas desvencijadas contra tablones corridos y papeles de la fábrica extendidos, ¡no sea que los manteles finos se manchen sin remedio! Fiestas añoradas, luego del fallecimiento de su esposo, cuando las visitas fueron escaseando hasta quedar una sola visitante implacable, que vino a buscarla un par de veces a su lecho de convaleciente, pero no se decidía, más bien jugaba con ella, haciéndola revolverse en su delirio, y consecuentemente manchar con sus heces los camisones y sábanas de diario.

Hoy escuché a los hijos preguntar a los nietos qué querrían llevarse, propuesta objetada por los jóvenes, ya que nuevo, sin uso, no implica actualidad, además la moda ya no dicta nuestras líneas curvas ni tampoco pretendo que nos lleven a arreglar a algún taller. Seguiré esperando paciente entre las cosas olvidadas, es nuestro destino y así lo aceptamos, algún día devendremos en fragmentos mezclados con tierra y cascotes bajo las fundaciones de una moderna torre de vivienda



Ω RESURRECCIÓN

Como si despertara de un breve sueño, poco a poco empiezo a comprender: este es el día. Al principio todo está blanco. Silencioso. ¿Seguiré en estado de suspensión criogénica y podría estar soñando que despierto? Pero es verdad, siento el calor de la sangre, como antes; la deliciosa vida palpitando fuerte en mí. Sobre todo, no hay ya dolor. No está más la mordedura del cáncer en mis entrañas. Ésta es mi nueva vida, mi resurrección.

Imágenes holográficas aparecen en el cuarto: mi bella Irene y mi hija Ana. Son sus saludos de amor grabados para mí quinientos años atrás. No han querido o podido someterse al proceso de conservación en frío. Que me amarán por siempre, dicen, que hasta el final me desean una existencia más feliz en el futuro. Quiero abrazarlas, pero se esfuman. Entonces miro hacia la ventana abierta por donde entra a raudales el sol de 2510. Antes de que aparezcan mis resucitadores, salto.

⊥ VIAJEROS

Un sol violeta inunda entonces las pupilas del viajero. Las imágenes captadas en su visor cerebral comienzan a desplegar ante su asombro, un interminable menú de ciudades virtuales a las que accederá en pocos segundos al momento de activarla orden mental. Vivirá la vida que elija por el tiempo que guste y bajo la entidad que prefiera. El tiempo allí no se medirá en años. Será un presente continuo y sin final aparente. Solo su propia capacidad para el goce pondrá el límite. Incluso, si lo desea, habitará simultáneamente un centenar de ciudades bajo identidades diversas en caso de que su cerebro pueda procesarlo sin bloqueos o confusiones extrañas. Cuando el viajero elige al fin, se cierra el menú. Vuelve la absoluta oscuridad y el silencio. Su viejo cuerpo continuará en reposo, bien sellado en su cámara de oxígeno y fluidos, hasta el siguiente despertar. Miles de cuerpos semejantes lo acompañan también, igualmente dormidos o inertes...

≠ ALIEN/ADO

Así que al volver en mí, ya había pasado mucho tiempo. Pero los siquiátras y neurólogos sólo me dijeron que debía sentirme contento de estar "vivo", porque "Sobrevivir a la destrucción de mi planeta" no era algo que pudiera ser contado por nadie. Pero no. Mi mente seguía confusa, dando vueltas alrededor de las imágenes últimas. Entonces algo se aclaró en mis recuerdos y descubrí la verdad: estos tipos no eran otros que parte de la gente que destruyó mi mundo. Y yo era su conejillo de Indias. No iban a salirse con la suya así de fácil. Cuando intentaron sedarme otra vez, logré erguirme sobre mis patas traseras y con unas pocas dentelladas, acabé con sus miserables vidas. Ya vería cómo resolver luego mis problemas psicológicos y de identidad en este nuevo planeta al que llamaban tierra.

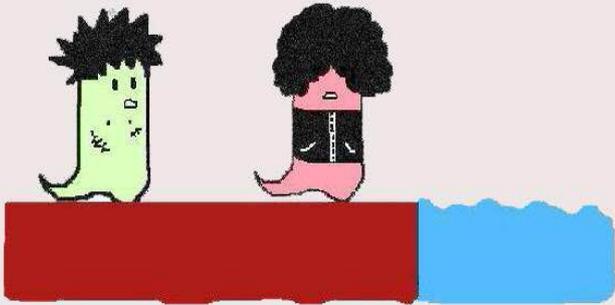
Entre tanto, ¡VENGANZA!

SID Vs JOEY

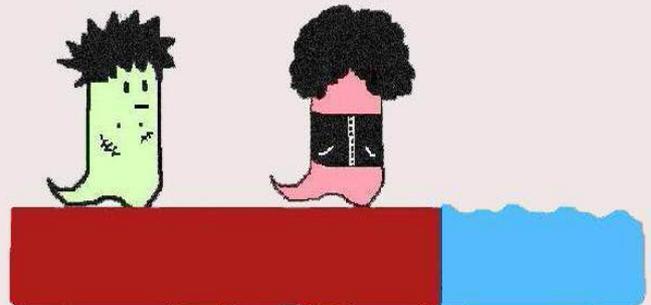
ESTACIÓN MARÍTIMA CARONTE

PUES SÍ QUE TARDA ESTE....

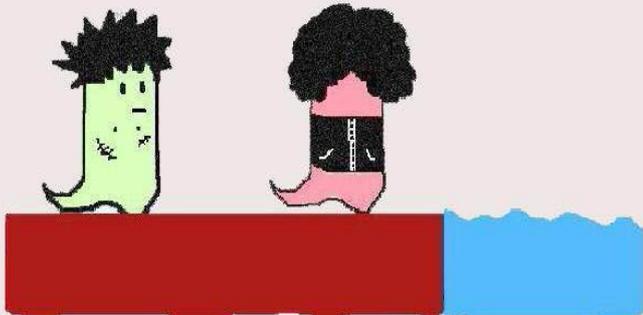
YA



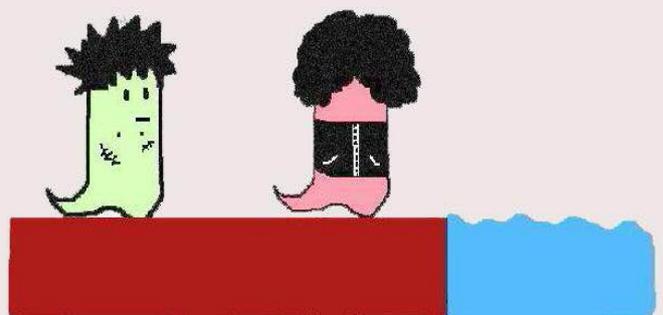
ESTACIÓN MARÍTIMA CARONTE



ESTACIÓN MARÍTIMA CARONTE



ESTACIÓN MARÍTIMA CARONTE



ESTACIÓN MARÍTIMA CARONTE

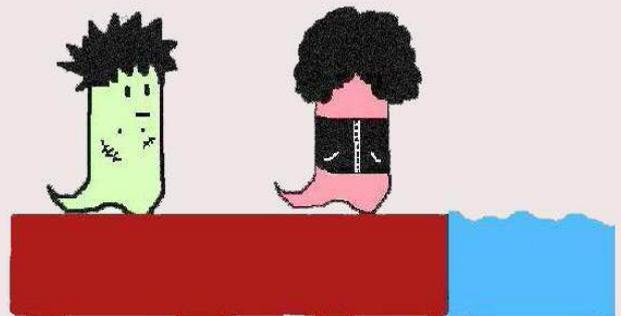
DECÍAS ALGO?

NO

AH...



ESTACIÓN MARÍTIMA CARONTE



METAMORFOSIS

Por ISABEL ALI

No saben que están creciéndome. Nadie sabe. Y nadie debe saberlo. Es mejor así. Si se lo contara a papá o a mamá, tal vez querrían ver... y me da mucha vergüenza. No voy a decirles. A esta altura ya estoy grandecita y no irrumpen en el baño cuando me ducho. Golpean la puerta de mi cuarto antes de entrar y eso me da tiempo de cubrirme para que no me vean. No voy a la playa, no salgo con chicos, no me exhibo. Trato de que no se noten. Cada vez me cuesta más porque empiezan a sobresalir y son turgentes. Al principio eran como dos lunares con relieve, unas ínfimas protuberancias del color del té con leche, simétricas a simple vista, aunque siempre supe que la derecha era una pizca más grande que la izquierda. Lo sé porque pasé horas mirándolas en el espejo, con el estómago anudado por la curiosidad morbosa que me provocaba que estuvieran allí. Todos los días volvía a observarlas con ojo crítico, cotejando la variación del color y del tamaño con la visión grabada en la memoria del examen del día anterior. ¡Cuántos interrogantes me surgían en aquel tiempo! ¡Cuántas ideas locas! Recuerdo que uno de mis mayores temores era que "algo" les saliera desde adentro. Fantaseaba con un líquido amarillento y maloliente que chorrearía, sin que pudiera controlarlo, pringándome la piel y manifestándose ante todo el mundo por medio de aureolas inmundas embebidas en mi ropa. Armaba pañuelitos de papel higiénico y los usaba para comprobar que estaban secas y, a veces, me dejaba los pañuelitos debajo de la camiseta ajustada para prevenir un posible derrame mientras dormía. Ésa fue mi primera obsesión. Nunca me causó ansiedad ni angustia alguna otra parte de mi cuerpo. Ni tampoco otra parte me produjo el orgullo que me

producen. Tuve una época de palparlas a diario, inicialmente para comprobar su textura y su volumen. Después lo hacía porque me provocaba un placer enorme rozarlas con la yema de los dedos, masajearlas, dejar que el chorro del agua les cayera encima como una lluvia reconfortante. Todavía lo hago de vez en cuando. Y sé que cuando alcancen su dimensión total podré darme el lujo de permitir que el sol les resbale encima, que el viento las acaricie. Ya sé cómo se siente la caricia del viento. Lo sé porque, a solas y con la puerta cerrada con llave, algunas noches las pongo frente a la ráfaga fresca del ventilador. Primero se erizan; dura un instante. Inmediatamente se distienden y se inflaman como si el aire se les metiera adentro y las hiciera vibrar suavemente, como si al aire le pertenecieran y la libertad entrara desde allí para desparramarse por todo mi ser. Si bien comprendo que la sensación tiene mucho que ver con la ausencia de la ropa, tengo la certeza de que, también, existe una cuestión más profunda. Evidentemente, a medida que crecen, la ropa que necesito usar para ocultarlas se vuelve más pesada, más voluminosa. Ya no puedo vestir algo ajustado o llamativo, ni algo que al trasluz deje adivinarlas. Incluso mi postura se modificó: irremediablemente, en público, debo torcerme para disimularlas. Pero ninguno de esos inconvenientes opaca la satisfacción que me embarga, la felicidad, la maravilla de saber que ahí están y que en un futuro podré usarlas. Ahora caben en el hueco de mi mano. ¿Cómo serán dentro de un par de años? Las imagino inmensas, cubiertas completamente por esas suaves plumas que me están naciendo desparejas, desplegadas en una amplitud que me permita planear en aras de la levedad del cielo despejado. Las imagino tendidas desde el extremo de uno a otro de mis brazos abiertos en cruz. Y podré volar a mi antojo por encima de todo lo que hoy me aísla.

No saben que mis alas están creciendo. Nadie sabe. Y nadie debe saberlo.

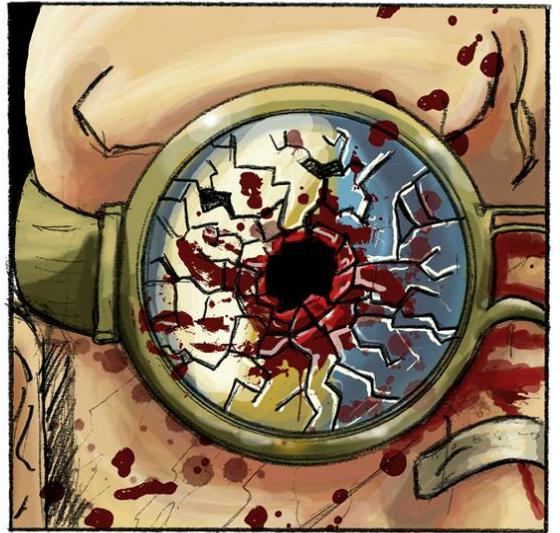
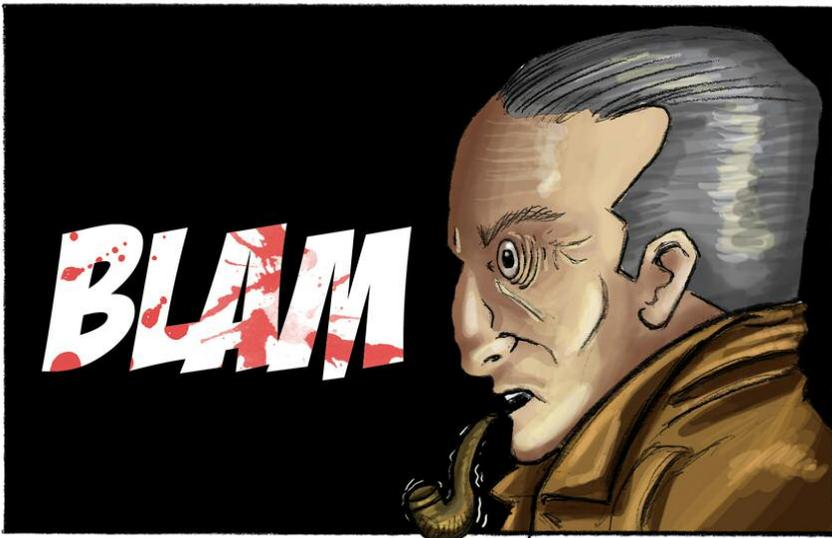
JAVIER PAUNER

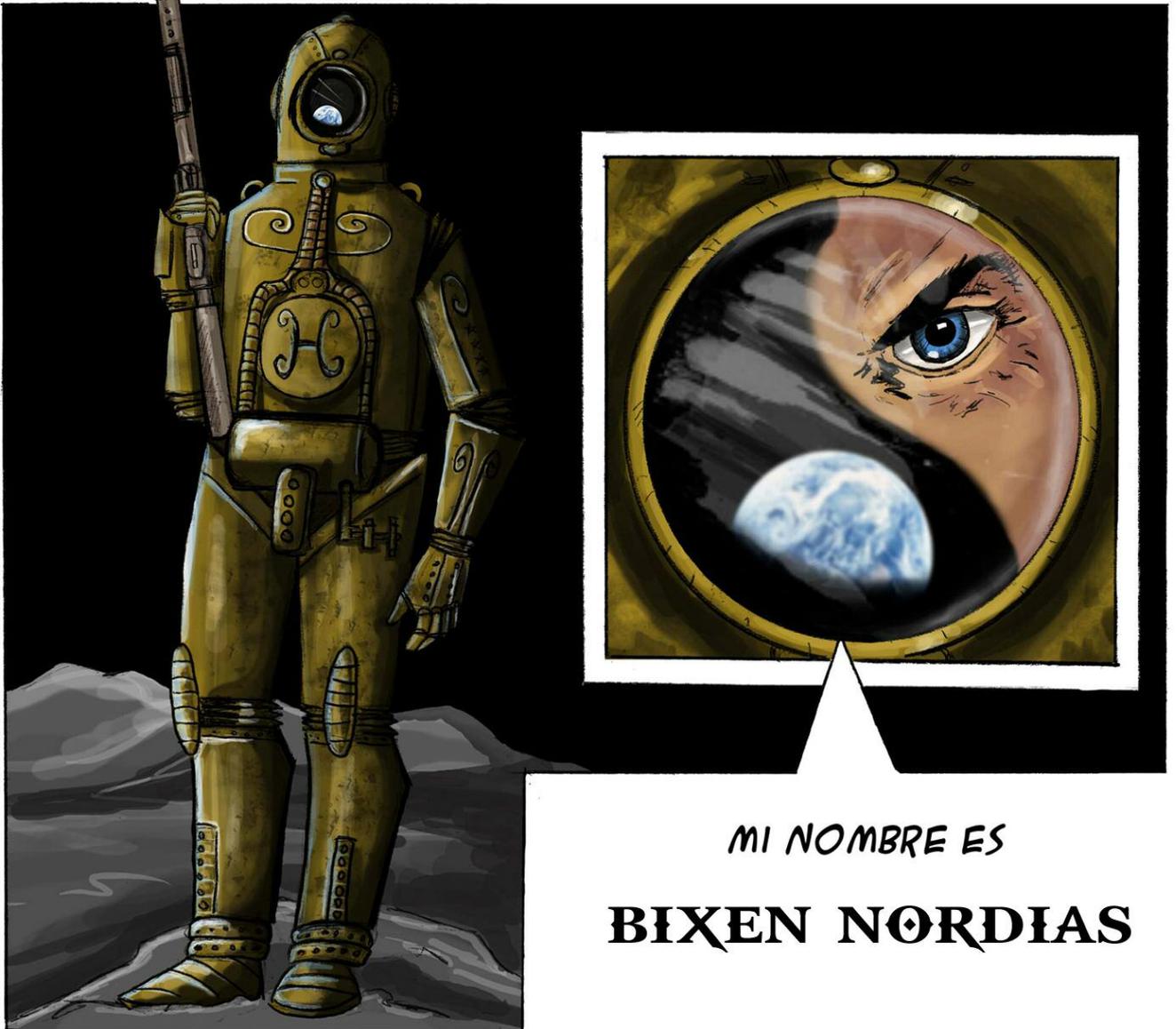
BIXEN NORDIAS



PAUNER / 11







MI NOMBRE ES
BIXEN NORDIAS

Rosas Sobre Cemento Armado

Por JORGE ZARCO

Apocalipsis nuclear
más allá del vórtice.

Allí
donde todos se mojan con radioactividad
ante la insuficiencia de plomo en sus muros
que dicen proteger de la inclemencia
de un exterior corrupto de neutrones.

Unos muros desgastados
que comienzan a agrietarse violentamente
porque algo crece entre sus esquinas.

Terror en los habitantes de la colmena
ante la incertidumbre de lo desconocido.

Porque lo que ha crecido entre el plomo
son pétalos de rosa roja.

Que anuncian la hermosa posibilidad
de que la vida se ha abierto camino.

PROMETEO

Por JUAN JOSÉ TENA

La pradera de la locura
anida en el seno salvaje
del metal ardiente
una roca en el abismo
la fiereza de la sombra
la burbuja del odio mutilado
cristal negro en la frente
las miradas abrasando la nube
la mano metálica ciñendo su red
con piel tatuada por la muerte
un espejo sin fondo en el callejón
el fuego abre su arco iris
murciélagos sonriendo sin alma
un visitante espera en silencio
la llegada del desafío
el veneno asciende lentamente
por las cataratas negras
metal contra metal
cuerpo a cuerpo
la esperanza ahorcada en la lejanía
el pentágono infinito de la memoria
hay un nuevo lamento
en el cielo bajo tierra
fluye la sangre como pétalo dulce
entre las manos crepusculares
un buitre se hunde gozoso
en el lago secreto
nace el día maldito
metal contra metal
cuerpo a cuerpo
el tormento de la sangre derramada
el suplicio eterno.

BLANK
MIRREN

ALBIS OFF

IMAGEN & LITERATURA

http://albisoffliter.wordpress.com

EL ACLAMADO AUTOR DE "LOS CAÍDOS"

Magnus Dagon

THE LAVAWHEELS

#01

\$2.99
US



UNA CHICA NUEVA HA
LLEGADO AL PLANETA

"NOWHERE GIRL"

KOMIXMASTER

www.loscaidoslibro.com



Número 01: Nowhere Girl

*Nowhere girl what you had you need,
nowhere girl all functional and neat,
nowhere girl in self-imposed exile,
nowhere girl a martyr-like denial.*

B-movie. Nowhere Girl

Esta historia no habla de mí en realidad, y por eso no sé si es adecuado que diga mi nombre. Sólo lo narro en primera persona porque así fue como he vivido todos estos acontecimientos, y contarlos desde fuera, de manera externa, sería una extraña manera de resultar leal y fiel a los sucesos.

Tampoco sabría muy bien por dónde empezar a narrarla, la verdad. La literatura no es lo mío, ¿vale? Eso espero que pueda quedar claro enseguida. No soy analfabeta ni nada parecido, pero desde luego no voy a ganar ningún Premio Nobel, o como sea que los llamen a este lado del Universo.

En realidad tampoco sé muy bien por qué me ha dado ahora por ponerme en plan cuaderno de bitácora a lo Star Trek. Bueno, un poco sí que lo sé. Fue por aquel concierto que dimos en Ernópolis, ese que la gente pensaba que era el primero que efectuamos pero no era así en realidad, y por aquellos que conocimos allí, y que me han hecho pensar lo mío desde entonces.

Vale, otra vez me adelanté. Ya he dejado caer que somos músicos sin siquiera presentarnos de manera adecuada. Mi nombre de verdad no importa, ¿de acuerdo? Dejémoslo así. Llamadme Echo, como decían en Moby Dick. Y como dije, no voy a hablar de mí más que lo necesario en mi historia, así que de momento pasemos a mis compañeros, The Jammers.

Un nombre ridículo, pensarán algunos. Pensadlo dos veces, pues más ridículo suena Pearl Jam si uno se lo plantea, y ahí estuvieron arrasando Eddie Vedder y compañía en su momento. Además, es un juego privado el motivo por el que lo elegimos, porque no sólo somos un grupo de música, también lo que se podría llamar, digamos, piratas de las ondas, “expertos en comunicaciones e incomunicaciones”, como le gusta decir a menudo a Distorsión.

Bueno, entonces, iré al grano. De cara al público, somos un grupo musical que mezcla guitarras eléctricas con teclados y sintetizadores. Buscad una etiqueta si queréis, nosotros ya hemos dejado de intentarlo: electrorock, trip-rock, ambient... ya se inventarán los críticos alguna nueva en breve. Mientras tanto, si os sirve de referencia, podríamos decir que somos como si Hooverphonic y Depeche Mode se hubieran ido una noche de copas y en mitad de la fiesta se les hubieran unido los componentes de Balamb Garden. Tenemos unos cuantos hits de importancia pero eso, si no viene a cuento, no me molesto en comentarlo ahora mismo. Os vais a una tienda u os conectáis a la Llanura y los descargáis, miraré para otro lado si os los bajáis sin el permiso de la discográfica.

Bueno, esa es nuestra vida pública, digamos. Pero como ya he dicho, tenemos una segunda vida un poco más... clandestina.

Para entenderla un poco casi mejor que hablamos ya de hechos concretos.

Vamos a situarnos en una de las colonias espaciales a las que fuimos de gira después de estar en Ernópolis I. Cuál, mejor no decirlo. Un empresario nos había contratado para incomunicar a su directo competidor el día en que había una oferta de naves espaciales de última generación. Dado que ambas compañías se dedicaban a la exportación, aquella que se las agenciara primero aplastaría a su rival. No es que fuera un trabajo que nos agradara demasiado, total, ni nos iba ni nos venía el negocio de esos sujetos. Además, con lo de la gira, estábamos empezando a ganar pasta y todo, que era algo bastante nuevo para nosotros (la discográfica podía reservarnos plantas enteras de un hotel, vale, pero a la hora de la verdad, de la calderilla contante y sonante, no nos había adelantado ni un miserable qin fuera de gastos de mantenimiento, alojamiento y comida).

Por eso cuando el tipo empezó a darnos largas, y dijo que de momento no nos pagaría, Distorsión se enfadó. Bastante, de hecho.

Ya mencioné antes a Distorsión. Él es el cantante de The Jammers, el líder del grupo en más de un sentido. Si yo no os voy a decir mi nombre porque creo que no aportó nada haciéndolo, bástese decir que él se pondría furioso si se conociera el suyo. Es celosísimo de su anonimato, por irónico que pueda parecer. Tanto que cubre su rostro con un holograma que imita a la perfección la nieve estática de los antiguos televisores. Bueno, eso lo sé yo, que me chifla la cultura de los años ochenta del siglo veinte, y sé cómo es la nieve de un canal no sintonizado, ya que en la actualidad se limita a mostrarse un canal muerto y fundido en negro.

Distorsión es buena persona, pero bastante irascible. Tiene un carácter complejo, porque su pasado lo es. La diplomacia no es lo suyo, digamos, como demuestra el hecho de que tuviera a nuestro cliente agarrado de las solapas, a punto de levantarlo en vilo. Que por cara tenga una interferencia en blanco y negro tampoco es que ayude mucho, la verdad.

—Te lo vuelvo a repetir, queremos el pago, y lo queremos ya.

—Ya os lo he dicho —expuso el tipejo al que Distorsión amenazaba, apartándose y alisándose el traje—, después de la compra de la nave el presupuesto de la empresa está muy limitado, tendrá que ser más adelante.

Al lado de Distorsión estaba Overdrive, el guitarra del grupo. Overdrive no es un ser humano, sino un alienígena grisáceo cuya mano izquierda acaba en dos muñecas; lo cual, como es obvio, le hacía ser un virtuoso del instrumento como pocas veces se ha visto en la historia de la música.

Aparte de eso suele destacar por ser el verdadero negociante de la formación, con cierta facilidad para la palabra adecuada y la sonrisa tranquilizadora. No fue ese el caso.

—Esta es la tercera vez que nos da largas —se limitó a decir, tratando de tomar la voz cantante para que Distorsión se calmara—. Páguenos ya.

Yo estaba junto a ellos dos, lista para lo que hiciera falta. Detrás de nosotros estaban los otros dos miembros del grupo, Delay y Fase. Delay es un tipo que se caracteriza por ser muy poco hablador y bastante serio. Es el bajista, y siempre lleva gafas y mitones de piloto como los de los combatientes de la Guerra de las Ocho Colonias. En cuanto a Fase, es todo lo contrario, de hecho: hablador, charlatán incluso, no calla ni debajo del agua. Es el batería, y tiene un tatuaje en el brazo derecho que lo

recorre de lado a lado, en el que pone “Ídolo Binario”. No me sorprendería verlo algún día también en sus baquetas.

Sí, lo sé, os lo estáis planteando. No he dicho nada de mi propio aspecto. Dejémoslo ahí de momento, ya surgirá más adelante.

El caso es que ahí estábamos los cinco, delante del tío que nos había contratado, y éramos un crisol de emociones contrapuestas. Mientras que Distorsión estaba cabreado de veras por ver cómo le estaban tomando el pelo, Overdrive no hacía más que pensar cómo podía afectar ese escarmiento a nuestra reputación clandestina. Por otro lado Fase estaba fastidiado por haber tenido que currar por nada, y Delay sólo pensaba en el dinero que seguía sin llegar a nuestros bolsillos.

Por mi parte, yo estaba harta. Harta de tener que tratar con gusanos como aquel, de tener que hacer cosas que en realidad no me gustaban. Harta de saberme muy bien cómo estaba a punto de acabar aquello, como otras tantas veces. Teniendo que dar una demostración de que íbamos en serio.

—Ya os lo he dicho —prosiguió el tipejo sin más miramientos—, no pienso pagaros ahora.

Distorsión se alejó unos pasos hasta llegar a un amplio ventanal octogonal que daba a un almacén de carga de factura muy moderna e hiperfuturista.

—Ahí están tus nuevas naves, ¿verdad? —se limitó a decir. Después de eso apoyó la mano en el cristal y se quedó un rato concentrado, sin decir nada. No podía verse pero su rostro estaba crispado por completo. Los demás lo sabíamos. Habíamos visto esa muestra de rabia y violencia antes.

El cristal estalló en miles de fragmentos frente a la mano de Distorsión. Al mismo tiempo, docenas de cortocircuitos empezaron a producirse por todo el almacén, de manera aparentemente aleatoria, pero no había que ser un genio para darse cuenta de que no era así. No hubo explosiones, sólo descargas y arcos voltaicos por todos lados. Pero toda la maquinaria había quedado inutilizada por completo, incluyendo las nuevas naves de la empresa. No nos cabía la menor duda de ello.

Eso era lo que Distorsión era, eso era lo que sabía hacer.

—¿Qué has hecho? —gritó nuestro antiguo cliente, que obviamente ya no nos pagaría jamás—. Os mataré por esto —dijo activando un botón que tenía disimulado en la chaqueta.

—¡Echo! —fue la única orden de Distorsión. No me hacía falta más que eso para ponerme en acción a tiempo. Montones de defensas teledirigidas trataron de dispararnos, pero levanté la mano y ese mero gesto hizo que todos los disparos fueran rebotados, la mayor parte hacia las propias máquinas, que se destruyeron unas a otras. Del resto se encargó Overdrive, que con otro gesto de mano las apagó como si se hubieran quedado sin pilas.

—¿Qué clase de aberraciones sois? —interpeló el empresario, asustado.

Distorsión se acercó muy lentamente. Trataba de fingir lo contrario pero estaba mortalmente cansado. No era una trivialidad lo que había hecho hacía un momento, precisamente.

—Somos The Jammers. Somos los mejores en lo que hacemos. Y a partir de ahora, más te vale que te quede claro que no se juega con nosotros —dijo largándose y haciendo una seña para que los demás le siguiéramos.

Cuando llegamos al hotel donde nos hospedábamos, en una zona completamente reservada para nosotros, Distorsión fue hasta el sofá más amplio que encontró y se tumbó en él sin decir una palabra. Resultaba extraño verle ahí, con ese perenne holograma en el rostro, en apariencia calmado, pero yo sabía que con un torrente de malestar por dentro, de la misma clase que yo estaba empezando a sentir también. No se trata de que le conociera bien, que era el caso —aunque no le conocía tan bien como lo hacían los demás—, todos habíamos pasado por ese estado mental desde aquel primer concierto en Ernópolis I.

Muchos os preguntaréis qué demonios pasó allí, en esa ciudad podrida de cielos eternamente oscuros, suelos de ceniza y sombras furtivas que se deslizan por sus callejones. Dejémoslo en que conocimos a ciertas personas que nos hicieron replantearnos cuál había sido nuestra actitud hasta ese momento.

Fase y Delay se fueron a sacar bebidas del mueble-bar, y Overdrive se recluyó en su habitación para seguir practicando con la guitarra. Me quedé sola con Distorsión. Era el momento de hablar.

—Sigues pensando en lo que nos dijo, ¿verdad?

Distorsión giró la cabeza, se levantó y comenzó a andar por la sala en la que estábamos, que era en realidad un pasillo. Cuando estuvo en sombras, pulsó un botón y noté cómo se desvanecía el holograma. Acto seguido se llevó una mano a la cabeza y dejó caer el pasamontañas que llevaba debajo. Distorsión siempre era tremendamente celoso de su anonimato porque detestaba la fama efímera de los músicos de éxito, esa que arruinó tantas existencias, como la de Michael Jackson o Kurt Cobain.

Pero en realidad, y eso ya lo sabíamos todos en el grupo, de quien más quería esconder su rostro era de sí mismo y el pasado que le perseguía.

—Un atajo de críos irresponsables —dijo andando por la habitación, siempre en la penumbra—. Así nos llamó.

Se quedó quieto de repente.

—Y no dejes de pensar desde entonces si no tendrá razón. Ni siquiera como piratas de las ondas hacemos valer nuestra reputación, no nos toman en serio.

—Sabes que en parte lo hacemos por el dinero, pero ahora que empezamos las giras eso podría terminar. Podríamos cambiar, ser...

—¿Héroes? —terminó Distorsión, con un tono de reproche—. Por favor, no me hagas reír, Echo.

Iba a contestar con alguna clase de comentario adecuado cuando Fase y Delay pasaron por allí, cada uno con un agujijón en la mano, una bebida similar a la cerveza pero algo más fuerte.

—¿Ocurre algo? ¿Se ha muerto alguien? —preguntó Fase con tono medio jocoso, pero Delay le golpeó en el hombro y se largaron acto seguido, sin hacer más preguntas. Creo que Fase contestó algo en alguno de los múltiples y extraños idiomas que conocía, no lo recuerdo bien. Sí que recuerdo que a medida que se fueron las luces fluctuaron, como si no les llegara energía apenas. Exacto, lo

habéis adivinado. Ellos también tenían ciertas... cualidades especiales. Más sutiles, menos enfocadas a la acción, quizá. Pero no es ahora el momento de hablar de ello.

—Dentro de poco hasta Fase empezará a preguntarse qué me pasa —añadió Distorsión, volviendo a ponerse el pasamontañas y activando el holograma.

—No es malo tener dudas, Dis. Todos las tenemos. Es menos malo agitarse en la duda que descansar en el error.

—De modo que crees que he estado cometiendo un error.

Eso bastó para hartarme en ese momento.

—Eres insoportable cuando te pones así, ¿lo sabías? No creo que tú hayas cometido un error, creo que todos lo hemos cometido. Nos hemos dejado contratar por sujetos que, en el mejor de los casos, no tenían intenciones precisamente altruistas cuando requirieron de nuestros servicios.

—Pero sigues sin contestar a nuestra pregunta, qué se supone que somos ahora.

Tomé aire poco a poco.

—No lo sé, la verdad. Pero sé que a ninguno nos gusta, seamos lo que seamos.

Después de eso se sentó de nuevo, y supe que ya no tenía sentido seguir hablando con él. Era tan obstinado... todo un cabeza dura cuando quería. Y aun así, no podía evitar sentir un aprecio sincero por él.

Salí del pasillo enfadada, airada, y me crucé de nuevo con Delay y Fase. La apatía de Distorsión se me contagió de repente.

—¿Dónde vas? —preguntó Fase, siempre tratando de ser amigable en toda circunstancia.

—Necesito estar sola —fue todo lo que se me ocurrió decir siguiendo mi camino. Sola. Qué ironía.

Yo, que en el fondo siempre lo había estado, de maneras que no podríais ni siquiera imaginar.

¿Cómo empezar a hablaros de mí misma lo justo, lo mínimo, lo necesario de modo que no me desvíe de la idea central, que es hablaros de todos los demás? Dejémoslo en que cuando aquella nave me dejó en tierra —una nave de naturaleza muy peculiar, que no viene a cuento revelar— yo venía de muy lejos, de hecho tanto que era el primer viaje interestelar que hacía en toda mi vida. Sé que eso puede resultarle increíble a muchos de los que están leyendo esto, pero así era. Nunca había salido de mi planeta natal, y por ello la experiencia de bajar de aquella nave y poner pie en un mundo nuevo era poco menos que algo alucinante para mí. Qué digo alucinante, era un sueño sin precedentes, algo que hubiera matado por contar a mis amigos, a mi familia, a todos los que había dejado atrás.

Pero eso no era una posibilidad para mí. Ya nunca volvería a verles, y lo sabía. Dejémoslo así, ¿vale? No quiero remover de manera innecesaria heridas viejas del pasado. Pongámonos en que la situación es la siguiente: estaba sola en mitad de un mundo desconocido, y todas mis pertenencias estaban en una vieja mochila, la mayoría de ellas objetos sin más valor que el meramente nostálgico.

Por supuesto a bordo de la nave me habían ayudado lo indecible, más de lo que podré agradecer jamás. Hasta me ofrecieron quedarme, pero yo quería ver mundo, no estar reducida de nuevo a un espacio constreñido. Lo malo era que tenía tan poco que, creedme, ni siquiera poseía algo que se pudiera considerar una identidad. En serio. Tengo nombre, claro, no lo dudéis. Y lo usé mientras estuve en esa nave, y me conocieron por él. Pero una vez desembarqué me aconsejaron que no lo empleara bajo ningún concepto.

En parte por ese motivo me dejaron en aquel planeta, llamado Wingbolt. Bueno, para ser preciso, planeta no era la manera en que se denominaba. Wingbolt es uno de los llamados Ocho Mundos Coloniales, los ocho primeros asentamientos realmente habitables más allá de la Tierra. Eso quiere decir que aunque Plutón fue colonizado antes, por ejemplo, nunca fue considerado por la especie humana como un mundo de verdad. Ese sí fue el caso del lugar que comento, aunque se daba una circunstancia más que molesta allí: siempre llovía. Y cuando digo siempre, es siempre. El cielo estaba encapotado de manera constante, y la lluvia era más bien tormenta, furibunda y con rayos y truenos como no había escuchado jamás. Hacía bastante calor, también, algo lógico cuando lo pensé después, porque de ese modo el agua se evaporaba con mayor facilidad y ascendía de nuevo para seguir completando el ciclo que la naturaleza había impuesto en aquel peculiar lugar.

De modo que allí estaba, calada y con una mochila al hombro, tratando de buscar algún refugio en las amplias calles sólo para descubrir que, como todo el mundo se había acostumbrado a la lluvia, habían dejado de añadir en los edificios, tremendamente futuristas desde mi punto de vista, cornisas en las que resguardarse.

Al fin encontré una suerte de hostel en el que pude pagar con una tarjeta que me habían preparado en la nave y que no guardaba mis datos, sólo un saldo en una moneda que no había escuchado en mi vida y se llamaba qin, al parecer, la divisa oficial en la mayor parte de los lugares del Universo. Realmente tenía mucho que aprender aún.

Me senté en la cama de mi cochambrosa habitación, tras rechazar un par de desagradables ofrecimientos para no pasar la noche sola, y vacié el contenido de mi mochila sobre la colcha. Un neceser con champú, acondicionador, pasta y cepillo, un pequeño secador, una pequeña toalla, y otras cosas más íntimas. Medicamentos, de los que no conocía uno solo de ellos y tenía apuntado para qué servían. Un rotulador láser y un bolígrafo convencional. Cuartillas. Ropa limpia, más bien poca. Y varios objetos más de uso personal, que no merece la pena enumerar.

En cuanto a lo sentimental, aunque era poco, ocupaba la mayor parte de la mochila. En concreto un walkman (autoreverse) con sus cascos, pilas y varias cintas; una gorra del grupo Balamb Garden; y un pequeño continuum de dos octavas de longitud. Sólo esto último lo compré fuera del hogar, digamos, y es como un teclado convencional pero sin división entre notas, permitiendo toda clase de fascinantes tonalidades. Creo que ya en el pasado lejano alguien lo utilizó, tal vez los Dream Theater, muy dados a esa clase de instrumentos bizarros. En todo caso yo me lo compré porque ocuparía poco sitio entre mis pertenencias. En cuanto al walkman, era poco menos que una auténtica reliquia de museo, pero mientras pudiera no me desharía de él jamás.

La gorra, por otro lado, era un absurdo recuerdo de infancia y temprana adolescencia, y como tal lo llevaba más por inercia que por otro motivo de peso real. Tuve la tentación de tirarla, pero me contuve y la dejé donde estaba, junto al resto de las cosas.

Después de lo que he contado será fácil suponerse que mis primeros meses de aclimatación no fueron precisamente fáciles. Tardé bastante en encontrar un empleo sirviendo copas en un garito de mala muerte, y en cuanto tuve unos escasos ahorros lo primero que hice fue comprarme uno de esos terminales con los que conectarme a la Llanura. Toda esa jerga era para mí como chino, pero dado que allá de donde venía siempre adoré la época de los años ochenta y noventa del siglo veinte, supongo que ayudará si digo que el terminal era algo así como un ordenador de esa época, pero mucho más manejable, modificable y ampliable, y la Llanura el nombre figurado con que se conocía lo que en esos tiempos se llamaba Internet, aunque infinitamente más perfeccionado. El nombre técnico en realidad era I27, pero todo el mundo lo conocía de manera coloquial como la Llanura porque los piratas informáticos que se habían conectado virtualmente decían que esa era la palabra que mejor describía lo que veían cuando estaban inmersos en la maraña de datos.

Uno puede plantearse cómo es que me gustaba tanto aquella época antigua de la historia de la humanidad. La respuesta, en realidad, no tiene nada de sorprendente: adoraba la música de aquel entonces, y aquel que me dijera que estaba más que anticuada corría el riesgo de tener que comerse sus palabras. Sobre todo me apasionaba el rock y la música electrónica, y durante mucho tiempo practiqué con mi continuum para tratar de reproducir algunos de los mejores solos y temas de aquel entonces. Mi voz por otra parte no era lo mejor del mundo, pero para algo valía, creía yo. Al menos tenía experiencia de haberme marcado unos bolos allá de donde venía y había estado en varias formaciones, la mayoría entre amiguetes o cosas similares, aunque estuve en alguna un poco más importante. De varias me tuve que largar por culpa de que algún componente empezó a revolotear a mi alrededor como un moscón, pero esa es otra historia.

En cuanto tuve mi propio terminal lo primero que hice fue poner anuncios de que me ofrecía como teclista para una banda. Al principio pensaba que por el hecho de tocar uno de los instrumentos más inusuales de un grupo — guitarristas y bajistas hay a patadas en todos lados— y por el hecho de ser chica que, quieras que no, siempre es un plus en este mundillo, no tardaría en recibir contestación, pero no fue así, y mi decepción no se hizo esperar. Para una cosa que sabía hacer, no había manera de sacarla adelante, de modo que me hundí en mi pequeño y patético mundo y seguí sirviendo copas mientras escuchaba a gente que tenía menos talento y, sobre todo, menos ganas de tocar en directo de las que yo poseía.

Un día, al fin, dejé de lamentarme de mi situación y en vez de esperar a que mis deseos se cumplieran solos fui yo quien se lanzó a perseguirlos. Fue así como cambié el chip y, en vez de ofrecerme como teclista, busqué anuncios de grupos o bandas que necesitaran uno. De ese modo me encontré con el siguiente ofrecimiento:

Banda de rock electrónico formada busca teclista para sustitución. Ahora mismo somos batería, gui-

tarra, bajo y cantante, con lo que cerraríamos la formación. Buscamos a alguien con ganas de pasárselo bien. Exigimos máxima dedicación, esto no es un hobby para nosotros. Vamos en serio. Tenemos ya muchas maquetas y estudio propio, y estamos empezando a negociar para directos por varias colonias.

Abstenerse mercenarios. Influencias: Depeche Mode, Hooverponic, Disaster Area, Balamb Garden, Lacuna Coil, Delerium, Garbage, Rammstein, Mike Oldfield, Creedence Clearwater Revival, Té Verde y la Bandeja de Sushi.

Después de eso venía una dirección de contacto. Al principio estaba asustada. Parecía que eran muy severos, aunque un análisis un poco calmado del anuncio me hizo ver la mano de más de una persona en su redacción. De todos modos pensé que por intentarlo no perdía nada, y les mandé un mensaje. También contesté a otros anuncios, todo hay que decirlo, pero este era sin duda el que más me llamaba la atención.

No tardé en recibir una respuesta, de hecho. Corta, escueta, pero clara y directa.

¡Hola! Hemos recibido tu respuesta y tendríamos interés en ver qué puedes añadir a esto.

Y en el propio mensaje, una maqueta de una canción a la que le faltaba el teclado. Me quedé pálida. Yo era muy versátil en la interpretación del instrumento, pero nadie me había hablado de componer. Aun así, traté de esforzarme y lo hice lo mejor que pude, tratando de acoplarme al tono y la armonía general de la canción, que por cierto me pareció muy buena aunque aún no tenía nombre ni melodía de voz.

Componía por el día y por la noche servía copas. Me tiré una semana entera durmiendo apenas lo justo, ya que tuve que hacer turnos dobles para poder pagarme una ampliación del terminal y así poder grabar sonido. Podía haber empleado un programa, sí, pero quería que vieran también mi soltura con el teclado, no sólo lo que pudiera o no pudiera componer.

Cuando les mandé la maqueta estuvieron poco menos que encantados, o al menos la persona con la que hablaba por correo, y me la mandaron de nuevo ya con la voz puesta por si quería "añadir algo". Era una manera de grabar rarísima, pero que empezó a parecerme muy curiosa, y de hecho llamó mi atención, de modo que añadí unos coros a la voz con el fin de darle volumen y armonía, coros sin letra, aunque luego también acompañé al estribillo.

Yo no lo sabía aún pero acabábamos de crear nuestra primera canción como grupo, llamada The Ghost, y de las más recordadas que haríamos jamás.

Después de eso recibí una invitación a conocer al resto de los miembros del grupo, y para ello me dijeron que una nave me iría a buscar a Wingbolt. Creo que se dieron cuenta de que estaba realmente pelada de dinero, o algo así. Poco sabía yo de ellos, por otro lado, pero ya era mayorcita y si me metía en problemas no serían ni mucho menos los primeros que experimentara.

La nave vino a los dos días, y me sentí un poco decepcionada cuando vi que era un convencional modelo de dos plazas y de él bajaba alguien que, seguro, no era uno de los componentes del grupo, de hecho ni siquiera parecía músico. Era un hombre ya en sus cincuenta, de rostro adusto, gafas cuadradas y mentón anguloso. De más joven debió ser bastante atractivo, en todo caso ofrecía un porte señorial, con mucha presencia. Se acercó a mí y me miró fijamente.

—¿Tú eres la teclista? —preguntó tratando de esbozar una sonrisa.

La pregunta no era una tontería, como bien saben aquellos que alguna vez han quedado con alguien a quien no han visto jamás. Respondí afirmativamente, sin abrir la boca. Estaba un poco nerviosa.

—Yo soy Adrian Harvester. Me puedes considerar algo así como el manager del grupo, por decirlo de alguna manera.

—¿Manager? —no pude evitar mencionarlo con cierta inquietud.

—Tranquila, me ata una especie de lazo... familiar con uno de ellos. No debes preocuparte, tenemos plena autonomía. ¿Cuál es tu nombre? Nunca lo dijiste por terminal.

—Yo... me llamo...

Harvester me miró extrañado.

—¿No sabes tu nombre? O más bien, no puedes o quieres decírmelo.

—Es... difícil de explicar. Necesito estar en el anonimato.

Él me miró con un gesto de compasión. Más tarde me dijo que comprendió hasta qué punto había estado sola en esa colonia, ya que entendió que en todos aquellos meses nunca había tenido que inventarme un nombre para que se dirigieran a mí y les bastaba a todos con gestos e increpaciones.

—Tranquila, pronto verás que lo que todos queremos, en cierto modo, es empezar de cero.

Aunque debió haber sido al revés, eso me hizo sentir muy aliviada. No me importaba por qué todos tenían algo que ocultar, sólo me importaba que a mí me pasaba lo mismo, y eso me bastaba.

Subimos a la nave, y Harvester estuvo un buen rato dándome conversación. Mi primera impresión de él fue buena. Lejos de hablar de manera inmediata de la música trató de que me sintiera cómoda, tranquila, relajada. Supongo que también era consciente de que había tenido pocas conversaciones por placer desde que había puesto un pie en aquella colonia.

—¿Cuál es nuestro destino? —pregunté al fin, preocupada.

—Si lo dices por posibles problemas con tu identidad, no debes preocuparte. No vamos a ningún lugar sujeto a leyes concretas.

—¿Por qué confía en mí a pesar de todo lo que no puedo contarle?

Harvester se giró un momento, aún manejando los mandos de la nave, y me miró con una leve sonrisa.

—No eres precisamente la primera persona que conozco en esa situación —se limitó a contestar—. Mira, estamos a punto de llegar. Puede verse ya nuestro destino.

Al principio el reflejo de una estrella cercana me impedía verlo con claridad, pero en cuanto

un planeta se interpuso entre medias pude distinguir el increíble lugar al que nos dirigíamos. Era una estación espacial, o quizás un satélite, no lo sabía decir bien. Era como una pirámide muy alta y truncada, con montones de salientes en sus cuatro caras, grandes como pequeños edificios y llenos de detalles tecnológicos labrados en el metal. Había mucho cristal también en su composición, y la base poseía algo que parecían ser turbinas, o si no lo eran lo evocaban de manera muy patente.

—¿Qué es ese lugar? —no pude evitar preguntar, fascinada.

—Bienvenida al Acorde Cósmico, nuestro estudio y sede discográfica —dijo solemne Harvester.

La nave entró al lugar por uno de aquellos salientes laterales y no tardó en ser acoplada por medio de brazos robot que la guiaron y libraron a mi acompañante del pilotaje humano. De ese modo los últimos tramos los efectuamos de manera lenta pero con precisión total.

Nada más detenernos del todo Harvester me dejó bajar a mí primero y me fue guiando por los tecnológicos pasillos, todos ellos labrados con artefactos completamente incomprensibles para mí, pero dejándome la patente sensación de que era como si estuviera dentro de una inmensa máquina de máquinas, a cada cual más extraña y sofisticada. No tardamos en llegar a una sala de factura similar, pero que contaba con asientos y mobiliario habitual y que contrastaba con la exagerada tecnificación del entorno, así como con amplificadores, guitarras, una batería y otros instrumentos en un lateral. Allí había tres ocupantes, que me fueron presentados uno por uno.

—Como ya te dije, todos aquí tienen cosas que olvidar, de modo que cada uno ha elegido como seudónimo el efecto de una pedalera de guitarra eléctrica. Este de aquí es Overdrive, el guitarrista.

Mi fascinación fue en aumento. Overdrive no era humano. Era un alien. Sabía que existían, pero jamás había visto ninguno. Fui a estrecharle su mano gris cuando vi que poseía dos manos al final de la muñeca, y me quedé quieta, sin saber cómo debía hacerlo.

—Tranquila, le pasa a todo el mundo —explicó Harvester con calma—. Este es Delay, el bajo —prosiguió señalando a un chico con gafas y mitones de piloto al que sí estreché la mano y di dos besos— y este es Fase, el batería —terminó señalando a otro chico, con el tatuaje de “Ídolo Binario” que en su momento ya describí.

—Hola, espero que estés muy bien por aquí —dijo tratando de ser algo menos escueto que los demás, y comprendí que él debió ser con quien hablé la mayor parte de ese tiempo.

—¿Dónde está Distorsión? —preguntó Harvester, y le vi torcer el gesto por vez primera desde que le conocí.

—Ahora vendrá —se limitó a comentar Overdrive.

—De acuerdo. Mientras tanto, creo que sería bueno que eligieras un nombre para ti misma —me aconsejó Harvester—, de modo que podamos llamarte con él, y que sea acorde con el de los demás, aunque si quieres ponerte otro por otro motivo no tenemos el menor problema.

—No, me gusta lo de los efectos. No sé mucho de efectos de guitarra, pero desde que he llegado, he notado que mi voz hace eco en muchos de los sitios por los que paso. Así que podéis lla-

marme Echo, como el efecto sonoro.

No pude evitar notar una ligera risilla en Overdrive, así como en Fase.

—¿Qué ocurre?

—Desde que llegamos a este lugar —explicó Overdrive— todos nos hemos puesto el nombre porque “algo” en el ambiente nos motivó a hacerlo. Delay lo hizo porque pensaba que este lugar era una pausa a sus problemas. Fase se sintió como si estuviera más allá de lo conocido, desplazado, en una fase distinta. En mi caso, este lugar pertenecía a los antepasados de mi especie, y la primera vez que llegué aquí solo sentí que mi voz era inmensa, amplificada en todas sus paredes, por eso elegí Overdrive, que produce el mismo efecto en una guitarra.

—¿Qué hay de... ¿Distorsión, se llamaba?

Nadie dijo nada. Sólo Harvester me miró con afabilidad, tratando de decirme que todo estaba bien.

—Su caso es distinto. Él se lo puso...

—... porque su presente es sólo una distorsión de lo que fue su pasado —dijo un chico entrando en la habitación, con el rostro lleno de quemaduras, y de quien no tuve la menor duda que era el cantante y líder de aquella formación.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

El origen de los poderes de The Jammers, así como la aparición de un terrible enemigo... y alguna sorpresa más del pasado. ¡No te lo pierdas!

Además si quieres oír el tema de música “The Ghost” sigue este enlace:

<http://www.myspace.com/balambgardenmusic/music/songs/The-Ghost-67904745>.



Two Hearts, pintura por Victoria Pittman

NOSTALGIA

Por ALEXIS BRITO DELGADO

Yo era la criatura más infeliz del señor, obligada incluso a torturarse a sí misma. Estaba claro que no había en la tierra un dolor más grande que el mío.

John Fante

Hace mucho tiempo, cuando tenía 17 años, solía salir los fines de semana por las Américas. El verano era cálido y acogedor, las noches estaban llenas de magia, todo destilaba novedad. Llevaba unos meses trabajando en un hotel, ganando dinero, conociendo gente, viviendo la vida. La música inundaba mis venas las veinticuatro horas, apasionadamente, con una intensidad que no se ha desvanecido hasta ahora. El disco de aquel verano fue "A Northern Soul" de The Verve. Un álbum oscuro y melancólico, colmado de potentes guitarras y grandes melodías; ideal para mí. Había descubierto al grupo unos meses antes, después de fugarme de clase, gracias al videoclip de Bitter Sweet Symphony, que no paraban de poner en los 40 Principales.

Aparte de The Verve, escuchaba a los Doors, a David Bowie, a los Héroes del Silencio, a los Rolling Stones, a los Red Hot Chili Peppers, a los Smashing Pumpkins y a Queen. Todo iba sobre ruedas y la vida me sonreía por primera vez en toda mi existencia. Atrás quedaba la barriada miserable donde me había criado, el instituto que despreciaba, la gente con la que convivía; seres estúpidos y mezquinos que no dudaban en tratarme con indiferencia o aborrecimiento. Mis complejos empezaron a desaparecer, gustaba a las chicas, estaba aceptándome tal como era, ni más ni menos. El cambio había sido positivo a todos los niveles, tanto físico como espiritual; había subido unos kilos y me estaba dejando crecer el pelo. Mi máxima ambición era parecerme a mi adorado Jim Morrison; supongo que sólo se es joven una vez. Evidentemente, dadas mis credenciales roqueras, me gustaban los bares de ese estilo. En las Verónicas había dos locales que cumplían mis requisitos a la perfección: el Kangaroo y el Lizard King. En ambos actuaban grupos en directo, versionando temas clásicos y actuales, durante varios pases por noche. Era maravilloso; salías de un pub y entrabas en el otro, que estaba a cinco minutos de distancia. David (mi mejor colega) y yo tomamos la costumbre de parar por allí siempre que nos era posible. Nos conocíamos desde 6º de E.G.B., asistíamos al mismo instituto, teníamos los mismos intereses, él estaba colgado por los Smashing Pumpkins y yo por The Verve; éramos la pareja perfecta. Recuerdo una noche que la música del Kangaroo nos parecía aburrida y corrimos al Lizard King para no perdernos el segundo pase de la noche. Éramos jóvenes y estábamos en la flor de la vida. El sufrimiento, como concepto, era desconocido para nosotros. Lo descubrimos más tarde, cada uno de la peor forma posible. Mientras descendíamos las escaleras de dos en dos, escuchamos el inicio de Are You Gonna Go My Way? de Lenny Kravitz. Exultantes, entramos como una exhalación en el local, y sin molestarnos en pedir una birra siquiera, saltamos sobre una mesa y nos pusimos a bailar. Los clientes, que se lo estaban pasando tan bien como nosotros, apenas nos prestaron atención. Creo que éramos los más jóvenes del pub, y por una extraña ironía

del destino, los únicos españoles. La lista de ambos locales era muy similar: Break On Through, Jumping Jack Flash, Wonderwall, Smoke On The Water, Parklife, Let Me Entertain You, Rock And Roll, etc. Escuchábamos buena música, el ambiente era sensacional, la bebida tenía un precio asequible... ¿Qué más podíamos pedir? Aquellas noches de juerga fueron maravillosas, quizá porque eran las primeras que vivíamos; no las cambiaría por nada del mundo.

Recuerdo... Que en aquella época desconocía lo que era la amargura, el vivir obsesionado por los errores cometidos, la lucha constante conmigo mismo para ser feliz. Recuerdo... Que no conocía lo que significaba una carga moral sobre mis hombros; la misma que me transformó en el escritor que soy. Recuerdo... Que los días eran felices y no estaban velados por el hastío, la insensibilidad o la depresión. Recuerdo... Ser inocente y confiar en la raza humana; desconocer la ignorancia y la envidia que anida en el corazón de las personas. Recuerdo... Haber publicado mis primeros relatos en la revista del instituto; quería ser novelista desde que tenía diez años. Recuerdo... Que anhelaba escribir mi primera novela, cosa que hice dos años más tarde; un libro triste y doloroso, que narró cómo destruí mi existencia. Recuerdo... Refugiarme en la escritura con el fin de no quitarme de en medio; aquella novela que tanto detesto, fue lo único que logró mantenerme con vida. Recuerdo... Aferrarme a las palabras como una garrapata, desesperado, al borde del abismo, luchando por mantener un hálito de cordura. Recuerdo... Noches escribiendo, en la cresta de una ola imaginaria, sintiéndome como un Dios, para, al amanecer, cuando leía lo que había hecho, considerarme un gusano. Recuerdo... Tantas cosas por decir, tantos sentimientos malgastados, tanta poesía e inspiración...

Aún conservo una cinta de aquella época:

Outrun: Live In Tenerife, 97

Side1

Lump

Cigarettes And Alcohol

Desing For Life

Naked

Going Underground

Hush

Riverboat Song

One Way

Side2

You Really Got Me

Can't Get Enough

Radar Love

House Is A Rockin'

Try It You'll Like It *

* Songs Writen For Outrun

Hoy, 26 de enero de 2010, trece años después, recorrí la calle donde estaban aquellos pubs. Ambos habían pasado a la historia desde hacía tiempo. Donde estaba el Kangaroo hay una pizzería llamada Royal Garden y el Lizard King está en ruinas, cercado por una valla metálica, con las ventanas rotas a pedradas, las puertas reventadas y la barra cubierta de polvo. Durante un momento me imaginé a mí mismo, disfrutando en aquellos locales, tal como había sucedido hacía más de una década. Por desgracia todo ha cambiado a peor: las Verónicas es un antro lleno de discotecas comerciales, la gente de mi generación ya no sale porque está ocupada criando a sus hijos o pagando las hipotecas, y la Unipol cierra todo a las tres de la mañana. Antes, aparte de bailar durante toda la noche, podías terminar en un after hasta la una o las dos de la tarde. Las drogas, aunque eran populares, no imperaban como en la actualidad. De hecho, nosotros, con unas birras, aguantábamos hasta que salía el sol. Todo ha muerto, no queda nada sino mis recuerdos, los buenos tiempos no regresarán. En los 90 tuvimos el Grunge y el Britpop para inspirarnos. Ahora vivimos en una era dominada por los raperos americanos y las cantantes como Beyoncé o Rihanna. El cambio, sin duda, ha sido espantoso. Aunque odie la nostalgia, no me queda otra opción que rememorar el pasado. Y me pregunto: ¿Alguien recordará aquellos pubs? ¿Otros jóvenes inauguraron su juventud en el Lizard King o en el Kangaroo como nosotros? Este cuento es un homenaje a una época que nunca se desvanecerá de mi memoria. Un brindis a la salud de todos.

LAS CRÓNICAS DEL GUARDIÁN

Por FRANCISCO JAVIER MASEGOSA ÁVILA

Unas ruinas de formas amenazantes y puntiagudas se erigían aún majestuosas desafiando el paso del tiempo. Como se había hecho durante generaciones, un maestro anciano adoctrinaba a sus discípulos en un cercano vergel, alrededor de un fuego.

—Como sabéis, Kara y Axel fueron los primeros en conocer la libertad tras la caída de los falsos dioses —explicó el maestro con el ceño fruncido y una expresión severa.

—Lo sabemos —interrumpió Daniel, suscitando la burla de los demás jóvenes.

—¡Callaos! —Exclamó el tutor, con el ceño fruncido y una expresión severa—. ¿Alguno de vosotros sabe decirme que es la libertad?

Se hizo un silencio. El único sonido que se podía percibir era el del chisporroteo de la madera muriendo en el fuego.

—Hoy conoceréis secretos que os harán sentir miedo y la vez fascinación.

El anciano se levantó en silencio y alzó su huesuda mano hacia el cielo, señalando un cúmulo de estrellas en forma de escorpión. Los niños siguieron sus gestos, hipnotizados por el candor de las llamas.

—De una de esas estrellas vivieron un día los falsos dioses, los temibles rafna. Sé que habéis oído hablar de ellos a vuestros seres queridos. Pero hoy conoceréis secretos aterradores que jamás querréis revelar.

—¿Y por qué no, maestro? —preguntó uno de los muchachos, evitando la mirada penetrante del anciano.

—Porque si supieran la verdad..., sus vidas se sumirían en la desesperación más oscura. Pero basta de charlas; ha llegado el momento.

Cogieron palos impregnados de brea y los encendieron antes de apagar la fogata. Caminaron en fila hasta las primeras construcciones, aún poderosas, con el temor grabado en el rostro: para la tribu aquellas ruinas eran la morada de los espíritus: un lugar maldito.

—Las bóvedas que veis ante vosotros son el envoltorio de algo más grande. Representan la destrucción de una ciudad subterránea, junto a cientos de túneles que la unían a muchas otras. Ellos, los rafna, habitaban aquí.

—¿Qué sucedió, maestro? —interrogó el discípulo charlatán.

—Cuando llegaron, derribaron todas nuestras grandes ciudades y masacraron a millones de nuestros antepasados. Para ellos los hombres eran una especie inferior a la que habían de destruir. Vinieron para quedarse y reclamar el planeta como suyo.

—Pero... ¿Qué tienen que ver en todo esto Kara y Axel? —preguntó ahora otro joven, el mayor del grupo.

—Tiene que ver todo, hijo.

»Nuestros antepasados les describieron como seres espantosos que parecían salidos de los mismos infiernos. Cuando se asentaron y cimentaron sus edificaciones subterráneas bajo las propias ciudades que habían destruido, algunos humanos se enfrentaron a ellos, organizados en pequeñas guerrillas.

Formas siniestras, moldeadas por las llamas de las antorchas sobre las ruinas, alimentaron el temor de los jóvenes. Sus corazones latieron con fuerza cuando pensaron en los espíritus malignos que habitaban aquellos lares. A pesar de todo, la voz profunda de su mentor, alivió un poco la tensión de sus corazones:

—No creáis que fue la lucha armada lo que hizo pasar a la posteridad a nuestros héroes. Los rafna no temían a los pocos supervivientes humanos, que se habían refugiado en bosques, cuevas y restos de ciudades. Sin embargo, cambió su percepción cuando un pequeño grupo, encabezado por Kara y Axel, consiguió infiltrarse hasta una pequeña nave de suministros haciéndola explotar y provocando las primeras bajas entre los invasores.

»Un nuevo y creciente interés por la raza casi exterminada se gestó entre los gobernantes. Si con sus armas obsoletas los humanos habían logrado eludir y matar a algunos de sus congéneres, eso los convertía en una especie más interesante de lo que habían creído en un principio. Comenzaron así una cacería indiscriminada...

Daniel tropezó con un montículo de runa amontonada por el resquebrajamiento de un enorme edificio y emitió un quejido de dolor. El guardián aflojó el paso, pero prosiguió con la explicación.

—Miles perecieron defendiéndose de los ataques, pero quedaron con vida otros muchos que fueron capturados: entre ellos nuestros héroes. Los rafna querían saber hasta qué punto los humanos teníamos arraigado el instinto de supervivencia, pero hubo también algo más: aquello les producía diversión, pues eran una raza guerrera. Fue entonces cuando crearon los microterrarrios...

—¿Microterrarrios, maestro? —interrumpió Daniel que lucía una de las rodillas desollada por el encontronazo.

—Eran recintos aislados que imitaban a la antigua atmósfera de la Tierra y donde recluyeron a muchos de los humanos para someterlos a pruebas y convertirlos en sus centros de juegos. Recrearon en ellos todo tipo de escenarios artificiales de persecuciones y conflictos bélicos; a veces hacían luchar a los humanos entre sí, otras sus propios guerreros disfrutaban cazando a nuestros antepasados. Con el tiempo, aquel juego macabro se convirtió en el entretenimiento más importante de los invasores.

El viejo tosió y giró entre unas retorcidas columnas que sobrepasaban la cúpula central. Un manto de hierba alta se interponía ahora en su destino, pero a pesar de ello empezó a separar enormes matojos de briznas. Los discípulos lo imitaron en esta labor con una reverencia creciente, atemorizados por la húmeda atmósfera y el crudo silencio de aquel escenario.

—Kara y Axel destacaron en los juegos. Lucharon por sus vidas con fiereza y superaron con éxito una gran cantidad de pruebas, trampas y peleas que les hicieron ser conocidos y aclamados por los propios rafna, que visionaban con expectación las sesiones de los microterrarrios desde todos los rincones del mundo. Se habían dispuesto premios que eran casi imposibles de conseguir,

pero se convirtieron en un importante incentivo para los supervivientes.

»Para sorpresa de todos, Kara y Axel llegaron al último nivel. Se habían enfrentado a cazadores rafna en escenarios selváticos, habían batallado por sus propias vidas enfrentándose a otros hombres y mujeres y luchando cuerpo a cuerpo en las arenas como antiguos gladiadores, y habían sobrevivido a todo. Nunca sabremos cómo se las ingeniaron para superar aquel infierno...

El camino les llevó a una zona de ciclópeos muros. Las teas de los jóvenes iluminaron en ellos aberrantes inscripciones que doblegaron sus ánimos. El maestro tomó un poco de aire y siguió adoctrinándoles.

—En un microterrarío donde dominaban las tormentas más feroces, aquellas criaturas que los rafna habían traído desde su planeta campeaban a sus anchas, ávidas por devorar carne fresca. La atmósfera recreaba a la perfección el extinto mundo de los invasores y la prueba consistía en llegar con vida al centro de un gran desierto. Si Kara y Axel conseguían superar aquella prueba serían libres y podrían vivir en su propio terrario, sin que los rafna volvieran a interferir en sus vidas ni en la de sus descendientes. Millones de espectadores siguieron con detenimiento el desarrollo de esta última prueba. Contemplaron absortos cómo una y otra vez conseguían escapar de feroces criaturas de diez patas o de gigantescos seres, con una forma simbiótica de araña y serpiente. Hasta lanzaron un alarido de simpatía por el sufrimiento de Kara, cuando uno de esos seres le amputó una mano.

»Pero cuando ambos, exhaustos y doloridos, llegaron a la meta con vida, les concedieron la libertad prometida. Ellos son la piedra angular de nuestra civilización, hijos míos; nosotros somos sus descendientes.

El dador se dirigió hacia una grieta que destacaba en la parte norte de la zona amurallada. A través de ella se podía percibir un gris oscuro sobre negro.

—Maestro —dijo entonces el mayor de los jóvenes sorprendido por la revelación—, eso no pudo suceder así. Las enseñanzas dicen que los rafna desaparecieron en el gran cataclismo, que sus grandes ciudades subterráneas fueron destruidas por la fuerza de la Tierra, que Kara y Axel fueron los únicos supervivientes y...

—Meras fábulas para mantener el temor de la tribu —respondió el maestro con el brillo de la verdad iluminado en sus ojos.

—No entiendo...

—Los rafna nunca se fueron. Siguen aquí. Si acaso nuestros queridos padres, hijos, hermanos, supieran esta terrible verdad, sus vidas se sumirían en la desesperación.

—Pero entonces..., la ciudad destruida, los túneles, la...

—Meras ilusiones. Siempre hemos vivido bajo el límite de un microterrarío, dentro de un mundo mayor dominado por los falsos dioses.

Los jóvenes se miraron incrédulos por un instante, pero entonces, atravesando la zona de menor oscuridad, se hallaron frente a un enorme desierto en una noche cerrada, en cuyo horizonte se divisaban ciudades enormes, anegadas de brillo y surcadas de vehículos voladores. Al girar las cabezas solo vieron una gigantesca cúpula oscura, y la pequeña brecha por la que habían salido.

El sabio observó sus rostros. Luego les hizo retomar esa misma brecha y la ciudad en ruinas volvió a ser la realidad que siempre habían conocido. La misión de sus elegidos sería preservar a la tribu de esta terrible verdad, como sus ascendientes habían hecho durante generaciones. Así lo habían querido Kara y Axel.

El anciano pareció aliviado; era como si compartir el secreto le hubiera despojado de un peso que le oprimía el espíritu. Estaban cerca de los restos de la hoguera cuando un comentario del mayor le abstraigo de sus pensamientos:

—Maestro, sigo sin comprender qué es la libertad.

—Es una ilusión como cualquier otra —contestó sin vacilar el guardián.



Rockabilly Zombie, pintura por Victoria Pittman

EL MONSTRUO DEL LAGO NEGRO

Por TONY JIMÉNEZ

1

Ahora.

El hombre observaba el lago que tenía a diez metros de su casa, como si no hubiese nada más en el mundo. La vieja silla en la que estaba sentado había dejado de crujir hacía mucho tiempo, debido a lo poco que se movía su ocupante, quien poseía un aspecto propio de alguien con quien nadie quisiera encontrarse en un callejón oscuro.

Las ojeras eran tan prominentes que convertían sus ojos verdes en dos canicas sin vida, clavadas en la cara; su pelo, largo y sucio, había perdido el brillo de antaño; la barba apenas dejaba ver su pétreo rostro; lo único que mantenía en orden, era su físico, que necesitaba para la tarea que debía llevar a cabo.

–¿No pican hoy, hermano?

Miguel movió fugazmente los ojos, para observar a su hermano David, delgado, alto, y con una graciosa perilla que se movía al son de sus labios, al hablar. Sus ojos no duraron demasiado en su familiar, pues enseguida volvieron a vigilar el oscuro lago, que parecía poder comerse incluso las tinieblas de la noche en la que estaban sumergidos.

–Creo que deberías apagar la linterna –David señaló el único foco de luz que había en kilómetros a la redonda–. Llevas aquí un año, moviéndote del sitio sólo para comer y visitar al retrete. No va a salir.

Los ojos de Miguel alertaron al resto de sus sentidos, al observar una leve onda en la superficie del lago. Sin embargo, sólo era su imaginación, provocando hechos que deseaba ver.

–Así no lo vas a conseguir –repitió David–. Nunca te gustó cazar, supongo que porque temías engancharte. ¿Verdad? Lo cual te ha pasado.

Miguel no respondió, pues debía vigilar el lago; era lo único importante.

–¿Sabes cómo se caza bien? –David sonrió, explorando la inmensa masa de agua desde donde estaba–. Hace falta un buen cebo. Creo que es hora de hacerme caso.

Su hermano asintió, admitiendo que iba siendo el momento de cambiar la estrategia a seguir.

En ningún momento dejó de observar las aguas del lago, negras, con infinidad de misterios escondidos bajo ellas, esperando ser descubiertos o dejados en paz.

Antes.

Miguel se arrojó en brazos de la vieja silla, situada en el porche de la cabaña que tenía en Lago Negro, un pueblo perdido en los remotos parajes del norte de España, tan escondido que, la mayoría de la gente, ni siquiera sabía que existía; incluso había sido olvidado por quienes habían vivido en el lugar.

El hombre, con una gran sonrisa, se colocó bien en su asiento; luego, cruzó sus pies, envueltos en chanclas de playa, y se limitó a observar a su hijo y a su hermano, jugando en el lago, a diez metros de donde se encontraba.

–Aquí estás. Creía que seguías dentro, y me has dejado hablando sola.

Miguel sonrió ampliamente al ver a su mujer, Amelia, de rizados cabellos rubios, y unos grandes ojos azules que iluminaban cualquier habitación en la que entrase.

–Perdona, pero quería ver que no se metían en problemas –Miguel señaló a David y a Luis, su hijo de cuatro años–. ¿Cuál de los dos crees que es el niño?

–Creo que tú –Amelia encendió la luz del porche, a la vez que pasaba sus delicados dedos por su pelo negro–. Deja que vea esos preciosos ojos verdes.

–Son tuyos –Miguel tomó en brazos a su mujer, y la sentó sobre su regazo–. ¿Lo oyes? Paz y tranquilidad.

–Fue una gran idea venir aquí, debo admitirlo –afirmó Amelia.

Miguel asintió, disfrutando de las agradables vistas que le ofrecía la zona en la que estaba la cabaña.

–¿Estamos bien aquí? –preguntó Amelia, algo preocupada.

–Mi familia siempre ha vivido aquí sin ningún problema, al menos, mis abuelos; mis padres se fueron pronto a la ciudad. El pueblo está a cinco minutos del lago, y el siguiente pueblo, más habitado, a dos horas; estaremos bien.

Amelia sonrió como sólo podía hacerlo alguien que confiaba plenamente en las palabras de la persona a la que quería.

–Ahora sé por qué lo llaman Lago Negro –la mujer se refería al color del lago.

–Ya te avisé. Se cuentan muchas historias, pero supongo que son cosas de pueblo. Igual hay mucha tierra en el fondo, o tiene algún organismo microscópico que le da ese color. O algún tipo de alga.

–¡O una maldición! –bromeó Amelia–. ¡Bu! ¡El fantasma del lago viene a por ti!

Miguel rió a carcajada limpia, hasta que David, con Luis a cuestas, les interrumpió.

–¿Qué es tan gracioso? –preguntó, mojado de los pies a la cabeza.

–El color del lago –explicó Miguel, tras enjugarse las lágrimas de risa–. ¿Cómo está el agua?

–En su punto –David se dirigió a Amelia–. Toma al bribón de tu hijo. ¡Menuda paliza me ha dado!

–¡No! ¡Quiero más! –protestó el niño, señalando el lago.

–Mañana, a primera hora de la mañana, saldremos a darnos un bañito –David se

agachó junto a su hermano—. Así os dejaremos un rato a solas. ¿Te hace?

—Ja, ja. Gracias, hermanito.

—Gracias a ti por traerme. Necesitaba unas vacaciones —David tiritó de frío—. Uf, nos han dado las tantas. Creo que voy a secarme, darme una ducha, y preparé la cena mientras Amelia se encarga de Luis.

—Me voy a quedar un rato aquí. Quiero ver cómo cae la noche.

David asintió, y entró en la casa, tras apretar, con cariño, los hombros de su hermano, quien se quedó en la silla, sonriendo, disfrutando de la suerte que tenía, mientras la oscuridad se iba haciendo con la zona poco a poco.

Justo cuando se levantaba, cuando la luna empezaba a hacer su aparición, tímida entre las nubes, vio algo que se había movido en el lago. Si hubiese habido más jaleo, no lo habría percibido, pero al estar la zona en completa quietud, lo divisó claramente.

Avanzó varios metros hasta que, con sólo un par más de pasos, estaría metiendo sus pies en el agua. Contempló unas leves ondas en el negro lago, como si alguien se hubiese sumergido, y estuviese nadando por debajo del agua.

Se quedó quieto, como un ciervo ante los faros de un coche, y se sintió observado; en realidad, no era una sensación, sino la total certeza de que alguien, o algo, en el lago, estaba observándole, con especial atención.

Algo aterrado por lo que estaba pasando, giró sobre sí mismo, y se metió en la cabaña lo más velozmente que pudo, dándole la espalda a varias burbujas de aire que comenzaron a formarse en la superficie del lago.

3

Ahora.

El grupo de jueguistas estaba compuesto por once personas, las cuales hacían un jaleo brutal en el lago. Miguel, testigo de todo, no prestaba atención a ninguno de sus invitados, sino al agua que les rodeaba, observando con atención sobrenatural cada movimiento que se producía cerca de los bañistas.

—Sigue sin funcionar —dijo David, salido de la cabaña—. Han estado todo el verano armando escándalo en el lago, a todas horas, y sigues sin conseguir nada.

—Sí —susurró Miguel.

Adolfo, con unos kilos de más, y una espesa barba, salió del agua, cogió una toalla cercana y, mientras se secaba, se acercó a Miguel, quien no parecía darse cuenta de que su amigo se estaba aproximando.

—¿Hablabas con alguien? —preguntó Adolfo.

—No —Miguel miró hacia donde, segundos antes, había estado David.

—Creo que ya vale por hoy —Adolfo sonrió, a pesar del rostro imperturbable de quien le escuchaba—. Se está haciendo de noche, y va siendo hora de cenar.

Miguel no contestó.

—Nos vamos mañana. Quería darte las gracias por invitarnos todo el verano al lago. Lo hemos pasado muy bien, y es un lugar muy tranquilo— Adolfo observó el violonchelo que tenía Miguel a su izquierda—. ¿Es el chelo de Amelia?

-Deja de mirarlo -escupió Miguel.

-Entiendo que lo estés pasando mal por lo de Amelia, pero era mi hermana -replicó Adolfo-. Hace más de un año que ocurrió y deberías haberlo superado ya.

Ninguno de los dos habló durante unos interminables minutos, en los que el sonido de los que disfrutaban el lago fue lo único que se escuchaba.

-Me alegra de que nos invites, no sólo para poder verte, sino porque creía que te estabas convirtiendo en un huraño -confesó Adolfo-. Me alegra ver que vuelves a socializar, aunque sigas hablando poco. No te puedo culpar, pero...

El hombre pilló a Miguel observando con atención a una de las pocas mujeres del grupo.

-Vaya, te has fijado en ella. Es Teresa, divorciada hace unas cuantas semanas y con un niño pequeño. La invité a venir para que se olvidase un poco de sus problemas. Tendrías que hablar con ella; puede que tengáis mas en común de lo que crees, y a ella también le vendría bien hablar con alguien más que con nosotros, sus amigos.

Adolfo corrió, sin esperar contestación, hacia la guapa mujer, dejando a Miguel con sus pensamientos.

4

Antes.

Miguel, sentado en el borde de la cama, se vistió, con los ojos aún medio cerrados; luego, bajó a la cocina de la cabaña, listo para encontrar una cafetera recién preparada por su mujer, pero no olió nada.

Llevó sus pies al salón, algo sorprendido, pues Amelia se había levantado pronto esa mañana para prepararle el café. Fue entonces cuando recordó que, David y Luis, estarían en el lago, aprovechando el agua de la primera hora de la mañana, como habían acordado la noche anterior.

Sus oídos no oyeron el característico sonido de su hijo armando jaleo con David, así que salió al exterior, extrañado por el sepulcral silencio que parecía haber poseído, no sólo a la cabaña, sino a toda la zona.

Cuando salió, lo primero que le dio la bienvenida fue una leve neblina matutina; luego, pudo captar el extraño olor a muerte que acompañaba la quietud del lugar y, poco después, vio los cadáveres, esparcidos a pocos metros del lago.

Corrió como nunca lo había hecho, y cayó de rodillas sobre el primer cuerpo que encontró, el de su hermano David. Sus ojos eran dos esferas blancas carentes de cualquier atisbo de vida; su cuello era un manantial de sangre; sus brazos estaban cubiertos de marcas de garras, como si un gran tigre se hubiese cebado con él.

Miguel tocó el cuerpo de su hermano, tratando de encontrar algún signo vital, o cualquier otra señal que le dijese que estaba vivo; tuvo que rendirse a los pocos minutos, y fue a por el cuerpo de su mujer, un guiñapo ensangrentado.

A medio camino, pudo ver el cadáver de Luis, que decidió no visitar, pues tenía la cabeza separada del tronco, y no quería presenciar de cerca tan grotesco espectáculo, así que, abrazó el cuerpo de su mujer, y lloró sobre ella, aún manchándose de sangre, y trozos de carne, que habían sido brutalmente arrancados. Un escalofrío recorrió su es-

pina dorsal al ver que Amelia poseía mordiscos en su bella figura.

Fue entonces cuando oyó algo tras él, en el lago. Un débil chapoteo que percibió por debajo de los sollozos que emitía por su familia; un leve sonido que habría pasado desapercibido por cualquiera en otro momento.

Se volvió, y lo que vio le dejó más helado que el descubrimiento de los sangrantes cadáveres de sus seres queridos. Lo que sus ojos observaban, no podía existir, al menos, no en su mundo.

El ser tenía medio cuerpo fuera del agua del lago, y el color del mismo aunaba diferentes tonalidades de verde; estaba completamente cubierto de escamas, algunas, de mortal aspecto; sus orejas eran más parecidas a aletas, y sus brazos, acababan en dos feroces garras, manchadas de sangre fresca.

El monstruo abrió la boca, repleta de voraces colmillos que habían sido saciados por ese día, y miró a Miguel con ojos inhumanos, como si estuviese gritando con ellos que no podía hacer nada para cambiar lo que le había pasado a su familia.

Antes de que tuviese tiempo de reaccionar Miguel, la criatura se sumergió en las oscuras aguas del lago, dejando un rastro de sangre que el líquido elemento limpió de su repugnante cuerpo.

Miguel se arrastró hasta el agua, con el cuerpo de su mujer aún en sus brazos, con la sangre corriendo entre sus dedos, y empezó a gritar, de tal forma, que cualquier persona le habría temido.

5

Ahora.

Miguel seguía en su silla, en el mismo sitio, con el violonchelo a su lado, sólo que rodeado por las risas que proferían Teresa y su hijo pequeño, Ricardo, quienes jugaban en el lago como si no hubiese ninguna preocupación en su vida.

Ensimismado en los movimientos de la inmensa masa de agua, Miguel no vio que Teresa, se acercaba a él, con una sonrisa en su rostro.

–Muchas gracias por invitarnos a venir, Miguel –la mujer le dio un beso en la frente–. No me creo que nos conozcamos de hace un mes y te haya cogido tanto cariño. A Ricardo le pasa lo mismo, aunque hables poco y apenas te muevas de este sitio.

–Yo también os he cogido cariño –respondió el hombre, de manera automática.

–Se está haciendo de noche, pero Ricardo no quiere irse.

–Puedes darte un baño mañana, a primera hora –sugirió Miguel.

–¡Estupendo! –Teresa le dio otro beso–. Iré a por Ricardo, y prepararé la cena.

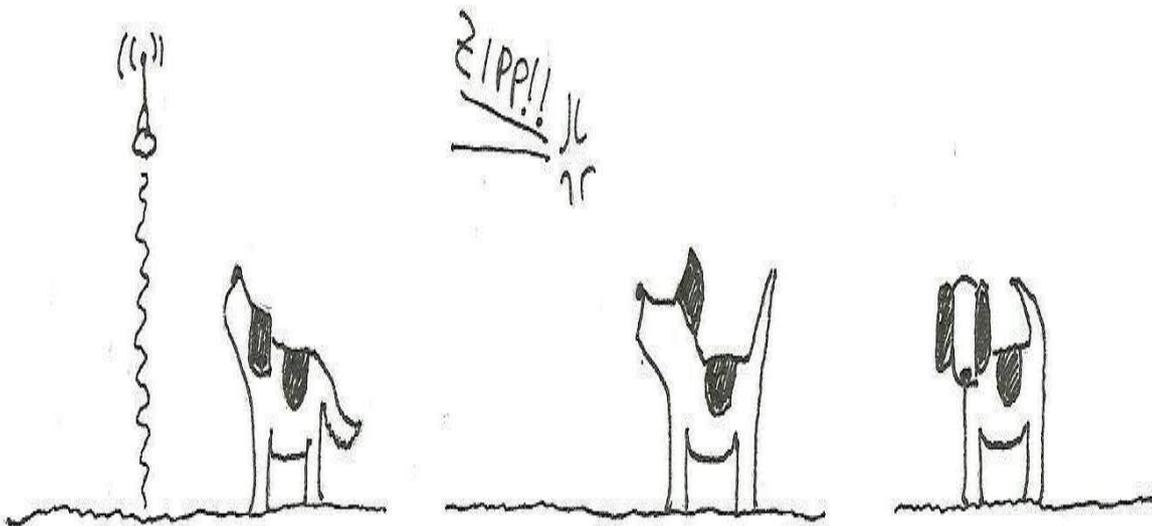
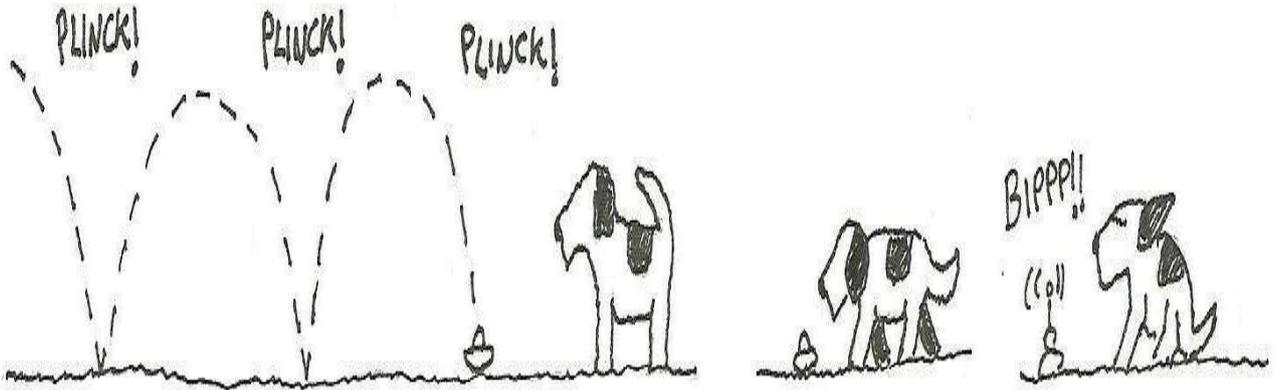
Miguel asintió, sin apenas emoción. Saludó con la cabeza cuando la mujer entró dentro de la cabaña con el pequeño, y siguió con su tarea de vigilar el lago.

Entonces, contempló unas leves ondas en el lago, como si alguien se hubiese sumergido, y nadase bajo el agua; luego, sintió que alguien le observaba.

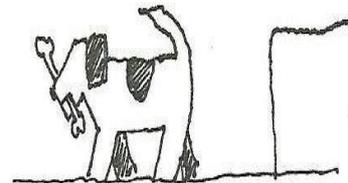
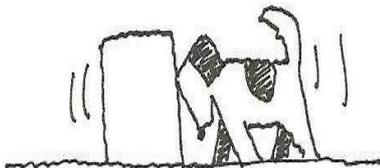
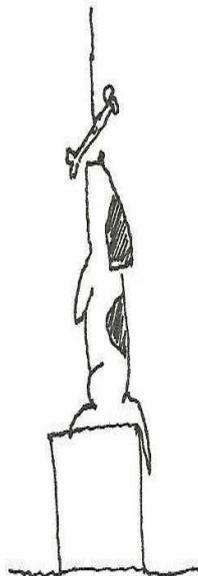
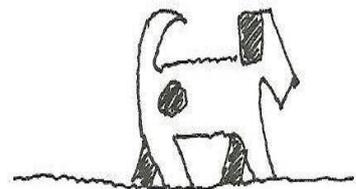
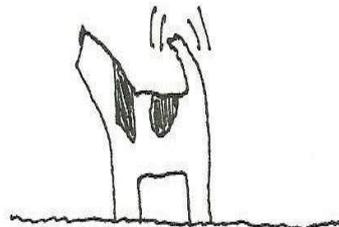
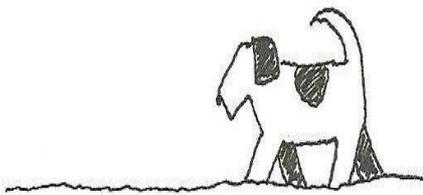
Tomó la funda del violonchelo, la abrió, y acarició la escopeta que guardaba allí desde hacía mucho tiempo; mientras lo hacía, pensó en la mañana siguiente.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

ICO



ICO



FINAL ROUND

by Pauner

LOS GOLPES ME ESTÁN DESTROZANDO.

TUM

EL MAYOR COMBATE DE MI VIDA.

EL MAYOR EN TODOS LOS SENTIDOS.

SI CAIGO, MI HIJA MUERE.

SI GANO, TENDRÉ QUE ABANDONAR EL PAÍS.

ES LO QUE TIENE JUGAR CON LA MAFIA.

BEIM

MÁS ME VALE NO FALLAR
Y, AL MENOS, PODER
DESPEDIRME DE MI HIJA COMO
LO MERECE UN PADRE.

NO PUEDO DECEPCIONARLA.



ME LAMENTARÉ DESPUÉS, DEBO TUMBAR DE UNA PUTA VEZ A ESTE SERBIO DE LOS COJONES.



VAMOS CABRÓN, ¡CAE!

P
O
F



¡CAE!



CRAFF

¡CAE!



SSSHUP

PERO POR DESGRACIA, ELLOS NUNCA JUEGAN LIMPIO.



EPI.LOGO

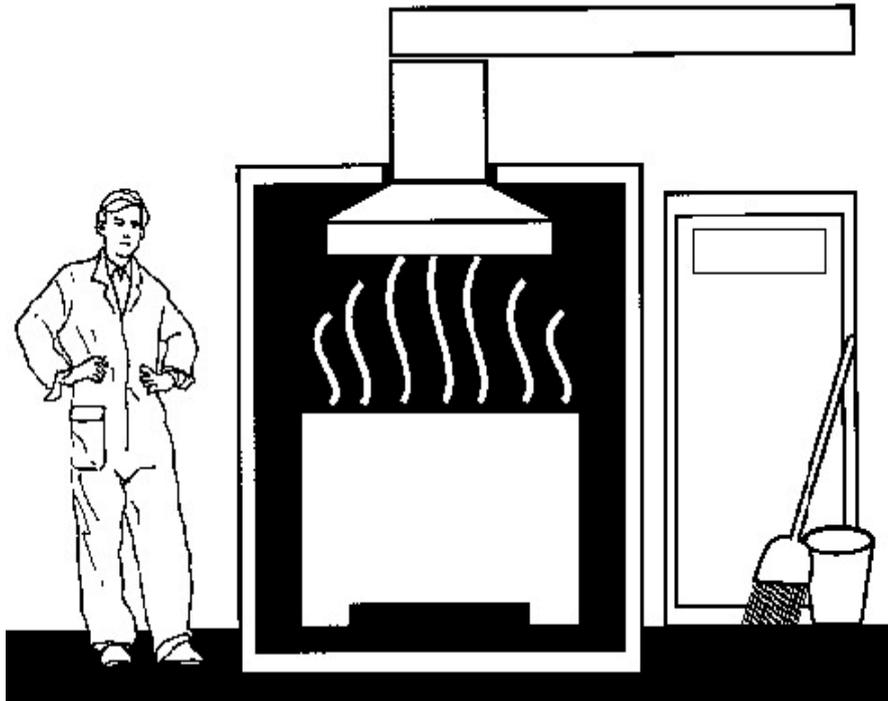
La vida pasa muy deprisa, demasiado. Es un tópico, pero es así. La marea de los tiempos viene y se va, y al borde la playa quedan vestigios flotando que lanzan destellos de lo que fuimos. Son testimonios frágiles que en un abrir y cerrar de ojos se han esfumado quién sabe dónde.

¿Y qué es lo que quedará de todo esto? ¿De esta revista electrónica o *ezine*? ¿Habrá algún recuerdo espontáneo que la ligue en alguna mente? ¿Quizás un banco de memoria? ¿O quizás un simple...? ¿Ahora que lo mencionas? ¿Me suena, pero no sé el nombre?

El olvido veloz de las cosas es el mal actual. La saturación es la nota predominante, la rutina del uso y tiro es casi un lema. Y esa autopista maldita en la cual nos lanzamos en pos de metas rápidas, acaba con un *crash* necesario.

Es así. Nos olvidamos que al igual que aparecemos, morimos. Es una condena sentenciada a todo prisa. Un dictamen con hoja de guadaña temporal. Mañana toca el siguiente, y otras líneas llegarán para hacerse hueco entre las que dejamos, no porque queramos ser un cadáver si no porque no nos dejan ser algo vivo por mucho tiempo.

¿Te acordarás de algo?





KOMIXMASTER

ALBIS OFF

IMAGEN & LITERATURA

<http://albisoffliter.wordpress.com>